

Crónicas de ultramar

Rafael Tovar y de Teresa
PRESIDENTE DEL CONACULTA

Manuel Velasco Coello
GOBERNADOR DEL ESTADO DE CHIAPAS

Juan Carlos Cal y Mayor Franco
DIRECTOR GENERAL DEL CONECULTA-CHIAPAS

Susana del Pilar Utrilla González
COORDINADORA OPERATIVA TÉCNICA

Marco Antonio Orozco Zuarth
DIRECTOR DE PUBLICACIONES

CH
861.44
C78
C76

Cruz Coutiño, Antonio

Crónicas de ultramar / Antonio Cruz Coutiño. — Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México : Consejo Estatal para las Culturas y las Artes, 2015.

138 p.; 21 cm. (Biblioteca Chiapas. Serie Crónicas y relatos ; 63)

ISBN 978-607-8426-59-1

1. CUENTOS MEXICANOS — CHIAPAS

CRÓNICAS DE ULTRAMAR

Antonio Cruz Coutiño

© ANTONIO CRUZ COUTIÑO

D. R. © 2015

Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, Boulevard Ángel Albino Corzo 2151, Fracc. San Roque, 29040, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

publicaciones@conecultachiapas.gob.mx

ISBN: 978-607-8426-59-1
IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

 CONACULTA

 CONECULTA
CHIAPAS

 GOBIERNO DEL
ESTADO DE CHIAPAS

 CHIAPAS NOS UNE

— 2015 —

*Así, en su conjunto, estas crónicas van a ustedes,
Lulú y Pedro. De corazón*

A MODO DE PRÓLOGO

Mi buen Flore, ¿qué más te puedo decir que no te haya dicho por teléfono? Que deseo tu compañía, la complicidad de tus palabras, ante la urgencia de que estos textos sean publicados; para aligerar el lastre, para estimular el retorno de las musas —nuevos motivos, producción y reinvención creadora—, pero sobre todo para favorecer la catarsis. Como sucede ante el extravío de nuestras almas, ante el susto, la melancolía, la impresión inesperada; como sucede con la pérdida de la buena suerte y la fortuna; como ante estas circunstancias, amigo, hoy necesito de tus manos. De la imposición de ellas sobre mi cabeza. De las hojas frescas del cuchunuc y la densa aspersion del trago fuerte y tus ruegos, oraciones y conjuros. De vos, chamán de la academia y de la promoción de la cultura, la lectura y los afectos; de vos, Florentino, necesito inspiración. Necesito de tu evocación y tu embajada.

Para bendecir estos magros, pequeños textos, para mensurarlos por si alguna ponderación merecieran, para evidenciar y acaso desentrañar su alma, su motor interno, o la fuerza que los anima, aunque en especial para augurar alguna suerte, la fortuna de llegar a la lectura, a la curiosidad bendita, a la recreación de los sentidos, a la inteligencia de los jóvenes, alumnos, amigos, hijos. Para llegar a ellos, a su corazón y a sus oídos, para incentivar su gusto por la lectura.

Por lo demás, mi buen Florentino, que por qué *crónicas* y precisamente de *ultramar*, relatos que van y vienen, o hacen referencias a “el otro lado del mar”, la mar, pues porque la Patagonia en su lejanía convive con la mar del Sur, mientras que Lisboa yace del otro lado del Atlántico, junto a la desembocadura del Tajo. Porque Salamanca y las Castillas y todas las diversas Españas juntas se yerguen favorecidas por la humedad y los vientos de aquellos mares, los mares de este vasto Atlántico nuestro. Y también de los del otro lado, pero sobre todo el Mediterráneo, el mar de la tierra media, el de la vieja Europa y el África desdibujada.

Pero estos retazos son crónicas, también, porque refieren varios tiempos, diversos viajes: recordación, imaginación y memoria. Historia en su más vasta expresión; pequeñas historias varias, como las de los Cuxtepeques, mi tierra negra, mi tierra de oro, sal y fragancias; la de mis entrañas, la de mi familia y mi gente. Pues aunque lo dudes, amigo, los Cuxtepeques y su perla concordia están también del otro lado del mar, de este mar interior formado artificialmente por el Grijalva; del otro lado del río Grande, del Chejel y Mezcalapa, sobre todo si nos ubicamos desde el oriente, desde Jericó en Villacorzo, o desde las orillas de la antigua San Bartolomé y Socoltenango.

Y no me queda más por decirte, amigo, sino que... agradezco por adelantado tus palabras, las inflexiones de tu voz sobre este papel, compañía y auxiliar permanente de la memoria; texto que ha de familiarizar a los lectores con estos mis pergeños.

CRUZ COUTIÑO



Estimado Toño, sirva la presente para saludarte y desear que te encuentres bien, pues, además de felicitarte por estas crónicas, paso a decirte que espero coincidas conmigo. Que la impronta y la mediación de las tecnologías de la información y la comunicación han impactado severamente en los hábitos y percepciones de nuestras vidas cotidianas. Que han transformado los hábitos y la percepción de la realidad. Que el *Homo sapiens* ahora mismo está siendo desplazado por el *Homo videns*, el *Homo tecnologicus* y quién sabe cuánta cosa.

De modo que recuperar la tradición de escribir cartas, apuntes y crónicas ya casi es un oficio perdido —o en proceso de extinción—, aunque cobra singular importancia en estos tiempos de consumo volátil (úsese y deséchese), individualista, impersonal, líquido, en donde la globalización nos ha homogeneizado en el consumo y uso de los artilugios de la comunicación moderna: portátiles, celulares, iPod, redes sociales, Twitter, Facebook y mil cosas más que, paradójicamente, han devenido instrumentos de incomunicación que promueven el aislamiento, el individualismo y la pobreza del mundo simbólico y del lenguaje.

La imagen le está ganando terreno a la imaginación, a la contemplación estética, a la lectura y a la recreación.

Al no alimentar el mundo simbólico con el paisaje y los relatos de los lenguajes artísticos, culturales y científicos, se va creando y recreando un micromundo vacío que reproduce aún más vacío a través de las vastas, intrincadas, sofisticadas redes de la industria cultural de la

imagen y el entretenimiento. Los llamados *mass media* hoy son instrumentos vacuos que promueven estereotipos, imágenes de una realidad enajenada, ajena, cosificada, deshumanizada.

Leer tus *Crónicas de ultramar*, amigo, puede tener muchos sentidos a partir de lo que signifique o resignifique el lector. Para mí su lectura me ha remontado a una etapa de la historia de mi vida. La ha revivido, pues, si bien hemos sido sujetos sedentarios, atados a las certezas y al confort de la vida cotidiana —a veces anodina—, el periplo por el cual nos llevan tus crónicas aviva, despierta la imaginación, esa que reclama su conciencia y objetivación, no en la mera contemplación, sino en la acción.

Somos historia, memoria, pero también presente y porvenir. Somos gerundio, es decir, pensamiento, acción y transformación, y así, entre otros méritos que encuentro en tus textos, estimado Toño, destaca la capacidad de articular esta nuestra aldea local con el mundo de la era global que hoy nos constituye, globalmente sí, aunque individualistas, pragmáticos, deshumanizados y sin sentido.

Estas crónicas, amigo, están llenas de vida, de interrogantes, evocaciones y anhelos. Llenas de realidad. Retomando al poeta Walt Whitman, con sus palabras expreso la sensación que me deja su lectura:

Esto no es un libro. Quien lo toca está tocando a un hombre [...]

Las palabras de mi libro no son nada, su intención es todo [...]
[...] ya que no fue
expresado con el intelecto,

pero sé que cada página te conmoverá con sus significados en estado latente, nunca dichos.

Y, en efecto, a través de estas *Crónicas de ultramar* nos transportas por la geografía de los continentes y ciudades que miras, con esa mirada aguda de quien interpela, evoca o interpreta, aunque también reconstituyes los espacios físicos y los pueblos con biografía, lecturas, amores y desamores. Los llenas de contenido, de seres humanos reales e imaginarios. Das vida y sentido a tales espacios.

Del llamado Viejo Continente, de la geografía literaria de Fernando Pessoa y de la tierra del fado y la canción lusitana nos compartes tres imágenes atrapadas: “Desde Lisboa”, por una parte, y “Desde Salamanca”, a donde te fuiste por algún tiempo, solamente para confirmar, *a contrario sensu*, que “lo que natura sí da, Salamanca lo confirma”. Escribes ahí sobre los asuntos del pasado histórico que nos constituye, desde el presente insoportable, aunque también desde la recuperación de la memoria, la historia; tu particular geografía literaria. Y en “Desde los Cuxtepeques” recreas las etapas de un tiempo ausente, quizá perdido, aunque las sujetas, por así decir, pues son parte de vos, de tu vida, la que vives y sueñas desde allá. Desde El Aguaje que te habita.

Un abrazo para ti, hermano; para Blanqui y para César Antonio, tu biólogo renuevo. Afectuosamente y con toda la estimación.

FLORENTINO PÉREZ Y PÉREZ
Berriozábal, Chiapas. Primavera de 2013

Desde Lisboa

EL LUGAR MÁS AUSTRAL DE LA PATAGONIA

Para mi venado lindo

¡Qué cosa más desagradable es no saber dónde estamos o qué diablos hacer ante la incertidumbre! Si vamos, venimos o buscamos a alguien que nos quita el sueño. ¿Me tendrán secuestrado? ¿Me perseguirá la policía? ¿Será que nos hayamos a la mitad de un viaje? Así te sentías a bordo de aquel vehículo gris brillante, casi plateado. Inseguro, insomne, descompensado y a punto de la paranoia al no saber adónde ir, adónde llegar, qué hacer, con quién estar...

Era inmensa la ciudad o eso que recordabas como semejante al ambiente urbano: calles, bulevares e inmensas carreteras suspendidas, de doble y tercer piso; vialidades aparejadas, desniveles y columpios enormes; avenidas que se bifurcaban para juntarse después y ¡puentes! Puentes gigantescos iluminados surgían incesantemente como en una sucesión interminable de espectros. Torrentes de artefactos que de pronto, aunque en un nivel diferente al que te encontrabas, aparecían sobre tu cabeza, frente a la nave, a dos metros de la defensa y muy cerca del parabrisas.

Al borde de la calzada, una serie de atracaderos, semejando pequeñas radas, le quitaban un poco de rutina a la monótona continuidad del paisaje. Y ante esto

y la pesadumbre de tus ojos alcanzaste a ver, a lo lejos, manchas formadas por diminutos edificios anaranjados, encendidos, refractantes, algunos triangulares, otros ovalados, circulares. Las construcciones más cercanas semejaban subterráneos palacios invertidos, vueltos al revés, aplastados y elípticos. Grandes parecían otros e incluso gigantescos e inmensurables eran aquellos que, al fondo, atravesaban el primer horizonte. Luego de las nubes, varios continuaban a lo lejos, erguidos hacia el cielo.

Las vialidades se extendían incluso hacia los diversos rincones de ese *continuum* urbano por entre luces y sombras, estrellas y dunas cósmicas. No había humo. De la superficie no se levantaban estratos de vaho, contaminación o niebla, aunque el segundo horizonte era apreciado por tus ojos como grisáceo, denso, apagado. Con nubes oscuras a veces ligeramente atornasoladas, aunque tristes, dormidas, pesadas, muertas... Veías interminables las luminarias suspendidas en el vacío, sobre la vialidad que intuías te conduciría al destino que aún no lograbas desentrañar.

Sobre la vía, y sin separarte del volante, veías con el rabillo del ojo izquierdo algo que semejaba árboles, palmeras, objetos que no encajaban en la armonía de esa luz: plata intensa mezclada con formas geométricas que nunca antes habías imaginado. Mientras tanto librabas una especie de contienda en la que cientos, tal vez miles de vehículos, pretendían transitar por la macrovía que habías elegido.

Llevabas horas en ese interminable camino de desasosiego y, aunque el combustible de los depósitos de la nave se iba agotando, cada vez sentías mayor placer al transitar por él. Aunque, cierto, no sabías bien a bien

qué te ocurría. Por eso restregabas tus ojos con los nudillos. Querías sentir calor o frío; sed, hambre, o dilatado el vientre para tener el pretexto de intentar, al menos, el descenso de aquel vehículo extraño y orinar afuera. Pero todo era imposible. Te sentías a gusto, colmado, sin necesidad alguna. Aunque en ese estado de plenitud no podrías detenerte nunca.

La marcha estridente y el tráfico interminable de aquellos aparatos te perseguía. Por ello tu pensamiento bregaba para ubicarse en el regreso; al punto de partida. Aunque en una fracción de segundo —como en un chispazo multicolor que te deslumbra— tuviste conciencia del origen de tu viaje, muy pronto esa imagen se desdibujó desapareciendo, al tiempo que forcejeabas para salir del caos extático en que te encontrabas. O regresar al punto inicial de la partida. Bien se veía que intentabas parar, detener la nave con las palancas, los interruptores, llaves y dispositivos; frenar al menos y dar marcha atrás, aunque todo, evidentemente, era imposible.

Al final, cuando tus manos y pies sintieron frío, dio un vuelco tu corazón, zumbaron tus oídos. Los arneses del vehículo de pronto te suspendieron de cabeza y toda la nave dio vuelta sobre sí misma, hacia arriba, como si fuese un juego mecánico de feria. Absurdo, sí, pero hacia arriba, de modo vertical, y luego circularmente. Sin duda habías reiniciado el viaje, aunque ahora observabas todo hacia atrás, en sentido inverso. Igual a que si fuese posible desandar el camino y regresar el tiempo a sus registros originales.

Recordaste limpiamente cómo, antes de virar, tu memoria se llenó de las imágenes que habías captado en

el transcurso del camino: la vialidad que recordabas, la única densidad de vehículos, luces y colores que conocías. Fue entonces cuando dijiste para tus adentros que si era posible regresar por la misma vía..., volver por la senda de ese tiempo, entonces podrías ubicarte al inicio de la jornada. Podrías descubrir el origen de este viaje, la partida; recordar el principio, el objetivo, el tiempo que transcurrió para modificarse la naturaleza de esta parte del mundo, pero, sobre todo, saber quién te enviaba.

—¿Por qué a mí y de este modo? ¿Quién diablos ordenó todo esto? ¿Qué razones le obligaron a enviarme hasta aquí?

Pero el camino de vuelta continuó. El vehículo te conduciría hasta el sitio más cercano del cual habrías partido. Sin precisar un lugar, siempre llegarías a tiempo. El paisaje era el mismo, las luces y las sombras inmóviles. Como continuas, pétreas, inmodificables. No parecía haber ayer ni hoy, ni antes ni después. Los soles que apenas atravesaban el segundo horizonte se confundían con las argénteas luminarias artificiales de la carretera. Sentiste cansancio, tus bíceps se relajaron, hormigueaban tus brazos liberados, los dedos de tus manos nuevamente sufrieron frío y tus párpados los sentiste tensos, adoloridos. Iban cerrados, tiesos, como si tus pestañas se hubiesen cristalizado y fueran a desmoronarse.

Voces celestes, platillos sonoros, salterios y pianolas, gongs estruendosos y graves. Todo eso había en el cosmos. Guitarras que sonaban entre metálicas y cortantes, estalagmitas suavemente rozadas por los murciélagos oscuros. Sonido de autos, motores, helicópteros y aviones, llanto y carcajadas... Eso escuchabas a lo lejos y te

apoltronabas buscando el mejor sitio. Te enroscabas cual feto en el vientre de su madre y aquel sonido te envolvía.

De pronto —y sin saber en qué momento el combustible del vehículo se había agotado, quiénes te habían detenido, por qué sentías que la humedad y el fresco del lugar te eran familiares, o si habías intentado escapar por alguna bifurcación o extravío del camino— escuchaste perfectamente el silbido del viento sobre las hojas, aquel sonido festivo que creías haber olvidado para siempre. Sentiste de cerca el murmullo del bosque, la tibia evolución del agua por entre piedras y guijarros y el tintilino de los pájaros de varias voces.

Alguien gritó tu nombre. Joseantoonioooo. O al menos eso te pareció oír en el fondo de aquel concierto que por ratos arreciaba con lluvias, sonidos metálicos, granizadas, monedas estrepitosas y aguaceros. Otra vez escuchaste sonidos estruendosos de motores, llantas sobre el asfalto, pisadas, murmullos. Un escándalo. Probablemente naves chirriantes de las cuales descendían personajes extraños, provistos de vestiduras de plata, escafandras sin conexiones visibles, láseres y otros artificios. Sentiste, sin embargo, algo después, sus vibraciones aproximándose hacia ti...

—Son las mismas placas de identificación oficiales.

—Es el mismo color que nos reportaron.

Percibías diáfananamente las dos voces diferentes y hasta una adicional, gangosa, que remataba:

—¡Pues ha de estar muerto el cabrón!

Así escuchaste, y eran voces cavernosas, distorsionadas por algún fenómeno acústico, desproporcionadas. Como cuando se oyen gemidos que vienen de adentro

y hacemos oídos sordos a lo de afuera; así escuchaste atento, aunque inconsciente, aturdido. No sabías, como al principio, si ibas, venías, buscabas a un ser querido, estabas secuestrado, te perseguía la policía o te hallabas a la mitad de un viaje. Incluso te preguntaste con insistencia “¿será verdad todo esto? Dios mío, ¿dónde estoy? ¿Serán sueños o pesadillas? ¿No será el efecto de alguna toxina, algún aletargante?”.

No. Tú estabas ahí. Encerrado en esa nave, con los cristales abiertos y tus ojos desorbitados apuntando al cielo. Continuabas impertérrito, sudoroso, afebrado, desnudas tus costillas, descubiertos tus brazos enlazados, tu respiración entrecortada. Sentías aquella dificultad auditiva que experimentabas cuando se hacía difícil sintonizar las estaciones de radio en onda corta, pero tu oído fue aguzándose hasta asustarte con aquellas palabras...

—¡Ah, qué hijo de su mala madre!

—Mira cómo se mueve. Está vivo...

—¡Bien que respira el bato!

—Por poquito y nos toma el pelo, ¿no?

—Sí, ¿verdad?

—Qué joda nos ha pegado este.

Eso decían quienes dos minutos antes se habían apeado de la patrulla de guardabosques brasileña. Fue entonces cuando te incorporaste. Apenas algunos rasguños tenías en el rostro y las rodillas. Agradeciste la atención de los gendarmes de la vasta administración selvática y te disculpaste con ellos por el accidente del que no tenías noticia. Les agradeciste su buen gesto al comprender el cansancio y la fiebre que invadían tu cuerpo. Les dijiste que ibas de paso, camino a la Patagonia.

Luego desenchufaste el amplificador, el ecualizador y la caja de los discos digitales... Era el viejo y clásico Pink Floyd, el de las sinfonías eléctricas e hipnotizantes de finales del siglo pasado, a principios de los setenta, y la última canción con la que despertaste algo tenía que ver con brillantes locuras, máquinas tragahombres y diamantes perdidos.

En la carátula del disco apenas se leía “© 1975 Pink Floyd Music Limited. Manufactured by CBS Records. 51W52 Street, New York, U.S.A. Pink Floyd, *Wish You Were Here*”. Corría el año 2098. Tú venías de Campeche, un lugar porteño del golfo de México. Antes pernoctaste en San José, Bogotá y Manaos. Te habías salido de la autopista luego de un puente con ligeras averías. Por ello, y sin ninguna razón aparente, permaneciste más de seis horas dentro de aquel antiquísimo Valiant color plata del año ochenta y ocho, bajo la sombra de una enorme ceiba, justo en el área donde un anuncio recién pintado prohibía estacionarse.

Dentro de la inmensa reserva de recursos, una especie de jardín botánico y zoológico en que se había convertido toda la Amazonia, reinaban la paz y el silencio rasgados a veces por papagayos, chachalacas y saraguatos. Era cierto. Estabas en tránsito. Reordenaste las ideas en tu cabeza, de nuevo diste marcha al Valiant y dijiste adiós... Estabas a la mitad del camino a Santa Cruz, el lugar más austral de la Patagonia.

BIRDLAND, HACHÍS Y JAZZ

Subimos al primer piso, y más o menos desierto. Continuamos al segundo, y ya se inundaba de gente y música, aunque no era en vivo sino grabada: se trataba de un buen *blues*. Nos acercamos a la barra para no perder tiempo (apenas si nos poníamos de acuerdo para tomar cerveza, vino o algún licor) cuando a bocajarro el barman golpeteaba el mostrador frente a los ojos del parroquiano, a quien espetaba:

—¡Cojones! ¡Me cago en diez! ¿Qué no veis que tengo ocupadas las manos, vejete?

Balbuceó el vecino correoso, aspiró profundamente el humo de su tabaco, limpió con el puño de su casaca la grasa de su frente y mesó sus cabellos largos entrecanos. Algo volvió a decirle, pues aún no le servía la caña que había pedido, pero de nuevo el barman jijueputa le contestó alterado. Estábamos a dos personas del susodicho. Tomamos las Heinekens que nos había servido de lo más amable y nos retiramos. Sentí el olor de la crispación. Vi cómo el cincuentón enfundado en cuero, mientras acariciaba el anillo noduloso de su derecha, veía al barman con fuego; oteó los lados sin decir nada, veía hacia atrás y adelante. Se tomaba las cosas con calma.

Subimos entonces al tercer piso, donde se celebraría el concierto; vi escaleras y pasamanos bellos, aunque todo muy poco iluminado. Pequeño y con más gentes que las

que podrían caber cómodamente, el lugar parecía de película; decorado con pisos cuadriculados en blanco y negro. Había imágenes de jazzeros y bluseros conocidos, entre otros B. B. King en el panel más a propósito. Junto a una de las ventanas de la alameda estaba Ella Fitzgerald y casi enfrente, pues el local apenas si se ensanchaba cuatro metros y medio, estaba cachondo y “hasta atrás” John Mayall, con sus Bluesbreakers. Estábamos en el Birdland, el cafetín y bar más famoso de toda Salamanca, en tratándose de buena música, espacio de libertad y algo de estridencia..., justo en la esquina de Mirat y Azafranales, de frente a la plaza España y el parque de álamos frondosos y tulipanes amarillos. Era medianoche y la luz de las bombillas públicas se colaba adentro. Afuera llovía.

Apenas si habíamos encontrado un espacio para pararnos tras un murete cuando, de repente, el escándalo: un sonido estruendoso abajo, botellas rotas, alaridos de espanto. Todo era confusión incluso arriba. Luego nos enteramos que el “vejete” de los nudillos marcados y músculos firmes, tras esperar el momento oportuno, retó al chaval de la contrabarra, le sangró la nariz y los labios con el anillo, brincó hacia el mostrador para descontarlo y puso patas arriba una mesa, al tiempo que un par de guardias lo sujetaban. Vino la policía más tarde y se acabó la diversión, o... tal vez se iniciaba, pues al rato eso estaba a reventar.

Los Jazz Friends debutaban frente al respetable. Algo de John Coltrane distinguimos al principio, luego, a la mitad, dos cortes de Miles Davis, tal vez *Bye Bye Blackbird* y *Filles de Kilimanjaro*, pero desde antes algo más había llamado mi atención: en aquel ambiente —donde circulaban cervezas, “zumos” mezclados con agua mine-

ral, vino y algún trago— se imponía el olor de unos cigarrillos especiales. Aquel aroma suave, afrutado, como de miel e inflorescencias, saturaba el tercer piso, y era de imaginarse que también los demás pisos pequeños.

Inmaculadas eran las piernas —descubiertas casi hasta el principio de las nalgas— de las dos preciosas de trenzas diminutas, pero más hermosos los ojos de la morena y sus manos hábiles.

Tomó de su cartera una bolsita y extrajo una piedra —un trozo como de piedra—, sacó un encendedor especial, puso fuego a una de las caras del cubo, restregó contra su mano ese lado, hizo lo mismo con otro y otro más hasta tener en el corazón de su mano un poquitín de ese polvo oscuro. Sacó una cajetilla de cigarros, tomó uno, cortó el filtro y se lo llevó a la oreja, lamió a lo largo el cigarrillo, lo despanzurró y obtuvo el tabaco limpio. Lo puso sobre el polvillo y lo mezcló así, lenta, parsimoniosamente, mientras parada bebía, fumaba, tarareaba, se mecía al compás de la música, entre cerraba los ojos e incluso conversaba con los de su ronda.

Cambió de manos la mezcla y siguió frotando el tabaco. De su cartera maravillosa surgió un trozo de papel arroz. Puso ahí el tabaco y el polvo, también el filtro del pitillo transformado, lo enrolló con una precisión digna de los antiguos artesanos de la forja de cigarros, humedeció con su lengua de plata el sobrante del papel torcido y se lo llevó a la boca. Del mechero quitó una especie de escarbadientes y con él retacó una y otra vez el cigarro. Finalmente acercó la flama al papel sobrante en el extremo y la ceremonia concluyó. La morena atrevida seguía con toneándose como una verdadera *vedette*, prendió ahora sí el tabaco frente a su boca y se lo fue fumando.

Al rato, a uno de los tantos chavales de al lado pregunté si los cigarrillos que preparaban eran tan fuertes como la mariguana.

—No, qué va —me contestó—. Esto es solamente chocolate. Suave. Cualquier cosa. La mariguana es diferente. Pero prueba, prueba. Ya verás. Dale mecha.

Le di una probada. Quise devolverlo, pero me rechazó.

—No, hombre, fuma, fuma. Dale candela. Quédatelo si quieres, total que es suave.

—Pero qué es —añadí.

—Cualquier cosa, hombre. Un porro de tabaco y chocolate. Na más.

Le di la segunda y tercera inhalación fuerte entonces, pero nada de nada. Nada sentí, salvo el rico, leve y dulzón regío de la estocada.

—Es polen bueno. El polen comprimido de la amapolilla —se animó finalmente a decir el chavo.

Fue entonces que pensé lo mismo que expresó en voz alta Bram De Saeger, mi compañero de farándula.

—Hachís, hachís con tabaco de liar.

A la salida él dijo que se iba a su casa. Yo, naturalmente, a la mía, y en llegando abrí el *Diccionario* de la Real Academia para encontrarme con: “Hachís. (Del ár. clás. *hašīš*, hierba). 1. m. Compuesto de ápices florales y otras partes del cáñamo índico, mezcladas con diversas sustancias azucaradas o aromáticas, que produce una embriaguez especial”. No conforme, fui también al *Pequeño Larousse* para salir de mis dudas: “Hachis o haschich; n. m. (ár. *hasis*, cáñamo). Resina que se extrae de las hojas y las inflorescencias hembras del cáñamo índico, que se consume mascada o fumada por la sensación especial que provoca”. Tantán.

EL CASINO DE LISBOA

Para mi santita linda

Ninguno de los tres cree en la suerte. No confiamos en ella ni en la buena estrella, como tampoco en la fatalidad. No en el albur ni en la providencia, no en el lance ni en la buena fortuna ni, como cantaba el mexicano Chava Flores, en “hacernos ricos en lotería con un millón”. Sin embargo es de noche y vamos camino al casino más grande y vanguardista de Europa, el casino de Lisboa, aunque más propiamente el casino de Estoril: el foco de atracción turística más importante de esta costa, aunque también del distrito conurbado de Lisboa y quién sabe si no de todo Portugal. Vamos a descubrirlo, a deleitar este prodigio. A ganar o a perder algunos euros, a ganar o a perder el tiempo, pero sobre todo a pasarla bien. A vivir una noche acaso inolvidable.

Desde el hotel tomamos el tren de cercanías que recorre la desembocadura del río Tajo y las playas del oeste: Oeira, Maceira, Estoril, Cascais, Bafureira y el despeñadero de Boca do Inferno. Descendemos por la estación más alucinante y acogedora, y un corredor subterráneo nos lleva directo a los jardines nocturnos más hermosos, jamás antes vistos por nuestros ojos. Se trata de la plaza José Teodoro dos Santos, que lleva el nombre del patriarca de la industria de los casinos de esta parte de Europa, junto a la Rua Melo e Sousa.

Las siluetas de los cipreses que se extienden como columnatas laterales resplandecen ante el contraluz. Mientras, en el centro prolongado, las luces solamente iluminan el césped adornado con rosas, camelias, jazmines y pequeñas estatuas de alabastro. Avanzamos hacia la entrada principal del casino, en donde destaca su nombre en letras rojas gigantescas y la imagen exquisita de Whitney Houston, la invitada de la siguiente semana, vestida de *chiffon* y lentejuelas... De pronto las cuatro o seis fuentes rectangulares a un tiempo estallan majestuosas, verticales, multicolores, saltando acompasadas, como si se tratara de albeantes y espumosas olas y bandadas de garzas blancas sobre la mar.

Ya estamos aquí, en donde todo se cubre de plata, la gente desciende de automóviles descapotados e incluso de autobuses que indican Alemania, Italia o Francia. La enorme entrada de puertas giratorias no impide a la guardia revisar nuestros pasaportes e incluso inquirir sobre la edad de los más jóvenes. Entramos y todo parece en calma, como si la clientela estuviese perfectamente distribuida, cada quien en el lugar preciso, aunque de seguro hay mil o tres mil almas adentro, tentando a la suerte.

El techo todo es oscuro, aunque resplandeciente de estrellas artificiales, mientras que el piso nacarado y claro como un espejo es atemperado por alfombras circulares de un rojo intenso. Ascensores y escaleras mecánicas conducen a la segunda y tercera planta, y alrededor los muros centellean por el lado de las salas de juegos electrónicos. Más allá encandilan las luces de neón y las reflejantes franjas de cristal y mármol negro del Black and

Silver Room, las discotecas y los otros bares. El Mandarin Restaurant alardea aparte con sus luces y estampados rojo, plata y amarillo, mientras al fondo y detrás del *hall* apenas se divisa uno de los salones más estridentes, iluminado por simples reflectores que descienden del techo umbrío sobre las mesas de minibacará, póquer, ruleta americana y *baccara* a secas. Es el más congestionado y formal de toda la noche, con sus muros de terciopelo escarlata y su ambiente de niebla y olores a vainilla, habanos y otros tabacos puros.

Voces y anuncios, bullicio y música se escuchan en la sala inmensa, sin afectar la charla de cada quien, aunque una voz de seda, limpia y cadenciosa, canta *bossa nova* en el Music Hall, ataviada con un vestido de selva: verde, rojo y amarillo, acompañada de un piano, un contrabajo y un saxo medio. Su canto hechiza y desde lejos las luces revelan su rostro bronceado. Los músicos se adivinan, pues la intensa iluminación solamente se ocupa de la morena; de sus zapatillas doradas, su vestido que desciende como cascada, sus dientes resplandecientes, sus labios negros y sus arracadas.

Pero ya estamos en el primer salón, el de los principiantes, el de las tragaperras, máquinas tragamonedas y las mil invenciones de íconos y colores, con chirridos, timbres y campanillas y unas letras que aparecen, desaparecen, cambian de lugar, y aquí y allá anuncian “Multigame Machines”: una especie de laberinto atestado de gente, juegos, cajeros automáticos, bullicio, humo de cigarro, cervezas y camareros de pajarita. Destacan las pantallas de los juegos de Slot City, Slot Garden, Slot Parking y video póquer, pero también ese esperpento

que, aunque hace perder, ilusiona con la gran cantidad de monedas de cinco, diez y veinte centavos que a cada momento despacha, siempre que se apueste con monedas de uno y dos euros y billetes de a cinco. Avanzamos y por en medio descubrimos una “isla”. En ella se concentran los juegos automáticos más sofisticados: *video roulette*, *video keno* y las virtuales carreras de galgos y caballos. Pasamos por casi todas las maquinitas del bingo, en donde las entradas mínimas valen sesenta céntimos, uno y 1.50 euros, sin una pizca de ganancia, aunque ahora decidimos conocer el segundo piso.

Entramos al primer salón. Una galería de arte en donde, para nuestra sorpresa, una señora entrada en años, con cabellos de plata, amplia sonrisa y toda vestida de negro, toca algo de un repertorio básico, mientras a su alrededor se despliegan pedestales y sobre ellos pequeñas figuras que recuerdan los desnudos grotescos de Fernando Botero. Exhiben también gran diversidad de cerámicas, acuarelas y oleos de estilo *naïf*, de tres o cuatro artistas europeos, como pintados por niños aprendices y manos inexpertas.

En esta planta se encuentra el gran teatro-auditorio, con sus mil doscientas butacas, aunque hoy en calma, donde Whitney Houston cantará por tres días desde el siguiente viernes. Otro bar —iluminado hasta en el último de sus resquicios, con un par de candiles enormes que penden desde el techo, mesas redondas, sillas sofisticadas y una barra que recuerda el orden y la pulcritud de los bares victorianos— es por el momento el más concurrido. Después apenas nos asomamos a un vacío pero lujoso y resplandeciente salón de recepciones. Más

allá, entramos al Billiards Hall, la sala de los billares. Mujeres y hombres jóvenes disputaban pequeñas partidas de *pool* americano, billar inglés y francés, atendidos por camareras, también jóvenes, de minifaldas negras y diminutos delantales blancos.

Han transcurrido dos horas desde que entramos. Así que tomamos una de las mesas cercanas, de las alumbradas por luminarias incandescentes que bajan del cielo. En las mesas grandes del billar inglés juegan a algún *pool* sofisticado, mientras que en una de las francesas, desprovista de troneras, tres hombres maduros calculan con parsimonia sus movimientos, pues planean carambolas de dos o tres bandas. Nos sirven cervezas portuguesas negras de la marca Sagres, mientras esa música melosa y *light*, la de los bancos y aeropuertos, apenas se percibe.

Es increíble que en estos lugares apacibles circule tanto dinero y que tanta gente arriesgue hasta el pellejo por una noche de suerte. Ha de haber alrededor de mil pequeños monstruos tragamonedas, si no es que más. El casino paga a sus jugadores diariamente un promedio de cuatrocientos mil dólares, de acuerdo con los informes de la revista *Primeira Praia*, aunque en ningún lugar se aclara el monto de sus ingresos. Incluso el administrador más viejo del hotel nos confía que las mesas de póquer en alguna ocasión pagaron, en una sesión de tres días, ochocientos mil dólares a un jugador profesional inglés, del mismo modo como ocurre en Reno, en Atlantic City o en Las Vegas.

El pequeño promocional de la contraportada de la carta de bebidas anuncia, junto a la imagen típica de la ruleta

y el cubo de los dados de póquer, las ubicaciones, teléfonos y *links* de los casinos a los que seguramente el de Estoril está asociado; son casinos aparejados a hoteles y cabaretes, y están en Estados Unidos, Canadá, Argentina, Bielorrusia, República Checa, Estonia, Alemania, Inglaterra, Australia y las Antillas Holandesas.

En la tercera planta los espacios se reducen, aunque ni falta que hacen. Todo es una sala amplia donde la oscuridad generalizada es más patente. Hay menos ruido y una atmósfera cargada de un no sé qué. De mayor intimidad y rostros adustos, aunque a veces tensos. No así el bar iluminado que provee a los jugadores, y menos aún las mesas de póquer y *baccara*, o las ruletas francesas y americanas encendidas. Las concentraciones que hay al fondo son de “banca francesa”, *black jack* y “punto y banca” y nos explican que aquí las apuestas son elevadas; que quienes juegan son apostadores profesionales: clientes recurrentes y consentidos, provistos de camareras multilingües, ostensiblemente hermosas y más que atentas. Para atemperar el ambiente, todos fuman y beben.

Pero la celeridad con que juegan es lo que nos inquieta. Los jugadores van y vienen de los cajeros electrónicos que en esta sala abundan. Los *dealers* cambian dinero corriente por fichas de diferentes colores y precios, se encargan de la banca y son los patrones del juego desde sillas altas; rigen las apuestas con mirada serena mientras las rodajas multicolores cambian de posición sobre el raso verde: pasan de las manos de unos a otros con el imperceptible movimiento de los “cepillos” manipulados por los “jefes de pozo”. Los jugadores distribuyen sus apuestas para diversificar opciones, se acumulan por

cientos las fichas en algunos sitios, aunque de pronto se agotan. Algunos retan al jugador, al de la mano, a pesar de que la mayoría apuesta a lo seguro, a la banca; todos desesperan cuando nadie acierta y de repente alguna maldición aflora. Todos saben, de todos modos, que la casa no pierde y que en la mayoría de los casos las fichas regresan a la caja.

Al final decidimos regresar por donde comenzamos. Al *hall* maravilloso, el de la entrada, en donde ahora una voz aguardentosa aunque bien cincelada canta un *blues*, algo de Muddy Waters, me imagino, acompañada al piano por una mujer, apoyándose en su propia guitarra.

Nos acomodamos entre el bar y el escenario, pedimos ahora un par de *whiskies* y un daiquirí dulce, aunque la casa agrega por su cuenta un platillo de champiñones al ajillo. La morenita que nos atiende se viste como las de los billares: minifalda y blusa negra, tocado y delantal blanco de antología, amplia sonrisa, dientes de nácar y un dejo de coquetería; mientras tanto, los bluseros avanzan en su repertorio y finalizan con dos rolas de The Doors, entre ellas una que reconocemos. Se trata de *Break on Through*; para recordar a Jim Morrison y volver a los setenta.

En lo que los músicos siguientes se acercan, las pantallas gigantes del bar proyectan vistas del casino por dentro y por fuera. Muestran sus jardines y discotecas, los espectáculos transcurridos o por venir, los servicios que ofrecen y los modos de las apuestas; recuerdan a los artistas que han debutado... Ahora la sala luce repleta cuando son las dos de la mañana. Suerte la nuestra por estar ahora y en este lugar. Suerte la de los enamorados

que, sin apostar lo que no tienen, alimentan a las maquinillas del bingo como si fuese una especie de *cover*, se cargan de nuevas experiencias, consumen hasta que el presupuesto aguanta y se solazan y se olvidan de sí mismos mientras se aman ahora que es noche de juerga. Suerte, suerte, suerte maldita la de quienes hoy han perdido todo, por segunda ocasión consecutiva, pues el dinero que disponían era el de sus últimas hipotecas y otros préstamos, apostando todo a la confianza (y al riesgo) de que hoy la diosa Fortuna estuviese de su lado y entonces pudieran resarcir sus anteriores pérdidas e incluso hacerse de alguna ganancia.

En estas y otras minucias divagamos cuando al fin los músicos de toda una banda se apersonan. Son unos diez o doce, todos de púrpura, negro y blanco, y, como les aplauden fuerte y por largo rato, hasta llegamos a pensar que tienen *fans* entre la clientela. Y sí. Es una orquesta en forma, como las de *jazz* y mambo y música afroantillana; con trompetas, trombón y saxos, uno de ellos enorme; flauta, violón y piano, una batería sonora y de seguro algún otro instrumento que se me escapa. Repasan el repertorio latino (¡a pesar de la distancia!) con piezas de Armando Manzanero y Mercedes Sosa, algo de las grandes bandas, un solo de sax al estilo de Coleman Hawkins y hasta un par de tangos para recordar a Gardel.

Pero ya nuestra noche se agota. Aplaudimos rabiamente, como todos los demás, y hasta gritamos hurras. Nos despedimos de los de la mesa vecina, pues ellos continuarán la siguiente ronda, y entonces salimos por una puerta lateral: el lugar más a despropósito, pues mientras nos dirigimos al sitio de taxis damos con

el aparcamiento a cielo raso más vigilado e impensable: coches deportivos y convertibles de catálogo, magnates y sueños de gente adinerada: Jaguar, Pontiac y Camaro, algunos Porsche, Ferrari y Maserati, dos Lamborghini rojos impecables y ya no se diga BMW, Mercedes, Audi y Mitsubishi. Confirmamos el dicho de nuestra camarera estrella: empresarios europeos, americanos, canadienses, rusos y australianos tienen aquí sus coches, solamente para trasladarse desde sus *chalets* de verano a la playa, a los centros comerciales y al casino.

Desde Salamanca

CRÓNICA DE UNA INFAMIA

Lo que se pretende relatar podría parecer una ficción o una mala versión de algún pasaje sombrío de los clásicos *Cuentos negros* de Horacio Quiroga, pero no lo es. Y no lo es por la sencilla razón de su verdad, pues esto es lo que le sucedió en carne y hueso, solamente hace algunos días. Esa mañana había amanecido con el cielo despejado y al mediodía el sol prodigaba, además del negro y el blanco, las suficientes tonalidades de gris, indispensables para intentar las fotografías pendientes, relativas a un estudio que había abordado sobre el pobre patrimonio arquitectónico de su ciudad. Era un día como todos, salvo por ser domingo.

Luego de haber fotografiado el Monumento a la Mexicanidad Chiapaneca decidió hacer lo mismo con la vieja casa del patriarca Ciro Farrera, la antigua Pastrana de Pedrero, y la semidestruida casona de doña Elena Ortega, frente al antiguo museo de Antropología. Continuó después con el corredor exterior, la fachada principal y el precioso ventanal de una antigua vivienda de la colonia Moctezuma; ahí donde ahora funciona una clínica médica, misma que se encuentra ubicada sobre la calle Circunvalación Tapachula, frente a la primera glorieta de la colonia.

Frente a esa casa disponía su Nikon para fotografiarla cuando un tipo de 1.60 máximo, con todo el perfil del

soldado recién desempacado y planchadito, *walkie-talkie* en la mano y con tono por demás imponente, le salió con un “y ora tú ¿por qué tomas fotos?”.

—Pues porque quiero —respondió a bocajarro, mientras seguía acomodándose para conseguir la mejor fotografía.

—¡Identifícate! —le gritó el moreno recién rasurado—. ¡No tomes fotos!

Y, no contento con ello, se interpuso entre su cámara y la casa, mientras repetía, con sus pelos de punta, que se identificara en el acto.

En ese instante reflexionó: “¿Cómo?, ¿identificarme?, ¿ante quién?”. Y así se lo dijo:

—Primero identifíquese usted, y si hay por qué, entonces le mostraré mis credenciales. Además, mire: ¿yo qué? Yo solamente tomo fotografías de construcciones viejas.

—Me vale madres —fue su única respuesta—. ¡A ver tu identificación!

El caso es que para cuando el cuestionamiento original había degenerado en discusión, sin darse cuenta ya estaban tras él tres personas más, quienes hablaban al mismo tiempo. Le acorralaban. Muy claro escuchó que ya venía alguien inidentificable. Y, efectivamente, de un portón negro, frente a la casa que pretendía fotografiar, salió otro tipo algo más alto que el aprendiz de policía, de color entre pálido y colorado, incipiente bigote, cadenas y pulseras de oro; gritón y amenazante.

—¡Identifícate, cabrón! —le espetó—. Que ahora los muchachos están tranquilos. Vieras que a los tipos como tú les dosificamos sus calentadas y vieras cómo se ablandan.

Su tono llevaba más que amenazas. Su cara se puso tensa y sudorosa: le agredía verbalmente, mostraba ascendencia y autoridad sobre los otros, aunque pronto se dio cuenta de otra estupidez, una barbaridad: desde el techo de la casa del portón negro un sujeto le filmaba con una videocámara. Otro más se acercó para fotografiarle. Incluso descubrió que uno de los que le rodeaban registraba su voz con una grabadora. Se sentía de la chingada, acosado, disminuido.

El que parecía jefe de la banda le inquirió. Le decía que en ese preciso lugar habían robado dos camionetas, alguien había padecido a unos salteadores y hasta un conato de secuestro recién había ocurrido.

—Le quitemos la cámara y que se vaya a chingar a su madre —escuchó de alguno de sus agresores, entre todo el barullo.

Todos le miraban con ojos de animal enfurecido. Le gritaban. Le amedrentaban. Le echaban miedo, como aún se dice en los pueblos.

—Mira que si te pones pendejo —dijo el jefe— te vamos a quitar la cámara y vas a ver... Así que ahora te vas a identificar, te vamos a dar una paseadita y nos vas a dar el rollo.

Quién sabe de dónde sacó fuerzas. Tal vez se acordó del Señor de las Tres Caídas, o hizo de tripas corazón. Lo cierto es que se serenó, calmó el temblor de sus manos, le puso rienda a sus palabras e incluso le pidió a la banda que se calmara, que todos eran “personas civilizadas” y que hablando como gentes se iban a entender... La verdad es que en sus bolsas no guardaba credencial ninguna. Las tenía en la cartera y se encontraba en su

coche, estacionado a sesenta metros de ahí. Además, sentía pena de descubrir el auto ante los rufianes, pues era obvio, a esas alturas, que no se iban a identificar.

Con seriedad les dijo que no tomaba fotografías a su establecimiento, sino a la casa de la clínica. Que esto formaba parte de un estudio universitario sobre las casas más bonitas y antiguas de la ciudad, que...

—Me vale madres —fue la respuesta de uno de los agresores—. Aquí estabas tomando fotografías y aquí te jodes.

Iban a quitarle la cámara cuando accedió a identificarse. Tomado fuertemente de un hombro, cercado y herido en lo más profundo de su ser, le condujeron al viejo Valiant color vino, suyo desde finales de 1987. No les permitieron entrar por la portezuela izquierda, de modo que lo hizo por la derecha. No les bastó la credencial electoral, así que le arrebataron la cartera; observaron todos sus *carnets*, anotaron las placas del coche, e incluso la matrícula que viene en el tablero; apuntaron la dirección de su casa, los lugares en que se desempeñaba como profesor o *freelance*. En fin: que le fue peor que en los más estrictos retenes militares.

—¿Y ahora me dejarán ir? —preguntó.

—Ni madres. Ahora vas ir con nosotros para quitar el rollo y pa que lo revelen.

Esto fue lo que escuchó mientras le subieron a la cabina de una camioneta roja de la marca Ford. Al volante iba el jefe de la banda y a su derecha uno de los ocho maleantes, el de la grabadora. Le bajaron en algún estudio fotográfico de la avenida Central que no recuerda, donde le quitaron el rollo a su cámara, arriesgando el

trabajo profesional que llevaba en él. Fue ahí cuando les dijo que eran diapositivas y no fotos. Que en cuanto estuviesen reveladas y vieran que no había fotografías de su casa se las entregaran y que ¡ya estaba bueno! ¡Que le soltaran! Pero no.

—Ahí luego vemos las fotos —le dijo el jefe—. Ahora nos vas a llevar a tu casa para checar bien.

Y de nuevo le condujeron a la camioneta. Recuerda, eso sí, que al menos en dos coches les seguían los restantes seis truhanes. Los orientó a su casa, vieron cómo sin hacer uso de llaves entró en ella. Dijo en ese momento a sus acompañantes que lo que veían era prueba irrefutable de que él no era ningún delincuente; que se estaban equivocando terriblemente, que estaban incurriendo en una serie de delitos y que en el acto le dejaran para no complicar las cosas y no tener problemas.

Pero hicieron oídos sordos... Contra su voluntad traspusieron las dos puertas de su casa. Pronto se acercó su compañera, a quien como pudo le explicó lo que pasaba, mientras los delincuentes —como si su conducta fuese intachable— le manifestaron que trabajaban para una empresa de seguridad privada; que le habían detenido por sospechoso de quién sabe qué, y que a él le había ido bien. Le dijeron que con otros se procedía con mayor firmeza, pero que ya se habían convencido de su persona y en ese mismo momento se regresarían adonde estaba el Valiant. Que podría volver en paz.

Y, efectivamente, su lenguaje cambió. Incluso hicieron conversación sobre las fotografías, hasta que llegaron a la glorieta de la Moctezuma, aunque la historia no terminó ahí. Cuando bajaron de la camioneta, muy cerca

del “lugar de los hechos”, uno de sus captores dijo en tono firme, dirigiéndose a los acompañantes:

—No vamos a tener problema. Aquí ya está la policía y lo vamos a entregar. Ahí que vean ellos...

Fue entonces cuando le sujetaron de los brazos y le llevaron a una patrulla de la Policía Judicial. Dijeron los salteadores que le habían detenido por sospechoso de algún delito mientras tomaba fotografías. La policía pidió su filiación, y por fin, ante ellos, el jefe de la banda dijo llamarse Adrián Sandoval, sin identificarse. Aseguró que fungía como gerente de la empresa de seguridad privada Segumex o Seguridad Mexicana, y que el domicilio de la empresa era el lugar de los hechos. Para esto ya eran las tres y media de la tarde.

En la cabina de la patrulla en la que lo conducían todo era misterio. No quisieron formar conversación ni el “comandante” ni su chofer. Atrás, unos seis u ocho uniformados iban como si nada. En los “separos” de la Policía Judicial —sótano de la Procuraduría Estatal— le condujeron a un cubículo cuyo marbete rezaba “jurídico”. Ahí entabló diálogo con una mujer esmirriada, quien dijo ser del Ministerio Público en San Cristóbal, mientras el susodicho comandante continuaba su custodia.

Sintió sed y lo dijo. Por esta razón su guarda le llevó hasta donde había un garrafón con agua sobre el piso. Encontró un vaso y se sirvió. Fue entonces cuando supo dónde estaba; leyó perfectamente “Dirección de la Policía Judicial”. Esperó no recuerda cuánto tiempo, hasta que sus cavilaciones le hicieron decir en voz alta que sentía hambre.

—Yo también —contrapunteó el comandante.

Le inquirió sobre la posibilidad de llamar por teléfono, y —lo que sea de cada quien— sin más preámbulo le llevó a la Dirección. Ahí se encontró a un tipo malencarado, alto y moreno; el mismo que apareció unos días después junto al procurador, en la contraportada de *La Voz del Sureste*.

—¿Para qué teléfono? —le dijo—. Si ya van a tomar tu declaración. Ya en un momento te vas.

“No es posible. ¡Dios mío!”, exclamó por dentro de sí.

Lo cuestionó, le dio vueltas al asunto, se exculpó, dijo que no era el director de la policía, sino el primer comandante de turno; le insistió dos o tres veces, pues observaba que había aparatos disponibles. Finalmente, pudo llamar a su casa. Habló con sus hijos. Los tranquilizó. Ya andaban buscándole como locos unos compadres suyos, algunos vecinos y su mujer.

—¿Qué no ves que estoy atendiendo un asunto de cinco muertos? —le dijo en una de tantas, mientras usaba el teléfono.

—Lo tuyo es cualquier cosa, hombre —señaló en tono de recriminación.

Cuando por fin alguien, una mezcla de policía y “licenciado”, le dijo que solamente iba a hacer una pequeña declaración, que la firmaría y entonces quedaría libre, ya eran más de las cinco de la tarde, y luego de eso aún le hicieron esperar. Sentía hambre. A las cansadas, el comandante le condujo nuevamente al cubículo, donde un meco de pestañas sobrepuestas comenzó a preguntar sus “generales”, le pidió alguna identificación. El comandante sugirió mostrar su credencial de la universidad “pa que se defienda’sté mejor”. Un morenito de cabello

ensortijado comenzó a preguntarle cosas. Que si él era el sospechoso, que si era cierto que tomaba fotos de oficinas y casas particulares, que si cuántas veces había él pasado por ahí... Parecía el interrogatorio de un verdadero delincuente. Incluso, junto a la puerta, escuchaba atento uno de sus plagiarios, a quien, luego supo, se le había interrogado antes.

—Un momento —les dijo—. ¿Y quiénes son ustedes, pues? ¿Dónde está el del Ministerio Público? ¿Qué no yo soy quien va a declarar? Y, además, ¿cómo es que está permitido que los agresores escuchen la declaración del ofendido?

Cambiaron de color. Se esfumaron, y al morenito le escuchó algo así como:

—No... Mejor ahí que venga el que le toca.

Y, cosa rara, en menos de lo que dijo esto apareció un tipo de zapatillas, playera y *jeans*. Era el agente del Ministerio Público y junto a él llegó otro, ahora sí formal. Dijo que fungiría ante su declaración como defensor de sus intereses, su defensor de oficio. Y fue así como el mecanógrafo rubio quitó unas hojas de la máquina, las rompió y volvió a comenzar.

—Es para que se respeten todos sus derechos, compadre —le dijo el de los tenis—. Y pa que usted declare como mejor le convenga —insistió.

Fue entonces cuando comenzó a decirles lo que hasta ahora lleva dicho. Mientras tanto ya hasta de la hora se había olvidado, aunque no del hambre. Y así se lo hizo saber al agente del Ministerio.

—Efectivamente, licenciado —le contestó con sorna—, aquí regalamos tortas y chescos, pero hoy no hay.

No recuerda qué tanta cosa le dijo al defensor, lo cierto es que como llegó se fue.

—Ahí tú ya sabes, manito —dijo en voz alta el del Ministerio al defensor.

—Orita vengo. —Le escucharon cuando ya iba a unos cinco metros de ellos.

Continuó dictando su declaración, mientras los ribetes del defensor, de cuando en cuando, se entrometían. Ya era de noche cuando terminaron. Eran tal vez las ocho. En eso estaban cuando se apareció el primer comandante, el de los teléfonos.

—Ya rendiste tu declaración —dijo dirigiéndose a él—. Ya se levantó el acta administrativa. Ya el defensor comprobó que no hay delito que perseguir contra tu persona, de modo que estás en plena libertad.

Inmediatamente el secretario le pidió que firmara. Nunca leyó lo que había escrito en los papeles. Pidió una copia, y no recuerda qué tantos argumentos le dieron al respecto. Lo cierto es que la debía recoger al día siguiente ante algún desconocido. Era apremiante su necesidad de volver a casa, y era evidente que la tensión a la que le habían sometido borraba de plano su resistencia.

—Discúlpenos por haberle hecho perder su tiempo, y disculpe usted a los señores que lo involucraron en esto...

Fueron las últimas palabras de alguien que no identificó entre los presentes.

DE PASAPORTES Y COSAS PEORES

A las cansadas y por las manos de un amigo de su padre llegó al fin el sobre que Augusto anhelaba desde hacía un mes. El paquete, alguna vez amarillo, contenía dos copias certificadas de su partida de nacimiento, un libro olvidado por él en su último viaje y un recado amoroso de su padre anciano, apenas garabateado. Desde hacía días había tomado sus provisiones para cumplir con los requisitos exigidos por la oficina de los pasaportes. Así que tenía el comprobante de pago por novecientos cincuenta pesos, la tarifa marcada para la cartilla de cinco años.

No era la primera vez que hacía esto, pero, por si las dudas, se adelantaba. Y acertó. La primera vez que llegó a la ventanilla del banco se enteró que debía presentar el formato en “original y dos copias”, a la segunda le dijeron que estaban mal rellenos y a la tercera se los aceptaron cuando a punto estaba de mentarles la madre. Sí, así. De mentarles la madre.

En fin... Cosas del mundo de los mortales, dijo para sus adentros. Así que esa misma mañana tomó su pequeño expediente, pasó al estudio fotográfico por los retratos reglamentarios que le habían tomado la tarde anterior y, presuroso, llegó a la Oficina Federal de Migración.

Ajá. Perfecto, dijo la uniformada del mostrador, luego de proceder al escrutinio de los papeles. A ver... No es necesaria la cédula de identidad, solamente anote aquí

los números. Y llene lo demás, de acuerdo con la muestra de la pared. Ajá. Pero a su regreso ya no estaba la oficial, sino un tipo alto, graso y mal encarado. Para cinco años... Código postal... De los Cuxtepeques... ¿Adónde y a qué viaja, ah? A España, a mis estudios de doctorado, contestó Augusto. Mmm, usted ya tuvo otro pasaporte, ¿no? Así es, le respondió. Dos pasaportes: uno de recién casado, con mi mujer, y otro personal que hace dos años feneció. Y ¿dónde están? ¿Cómo que dónde están?, contestó. Esos pasaportes ya son viejos. Ya caducaron. No me jodan. Además, ¿cómo diablos no me advirtieron que debía traerlos? ¡Pues debe traerlos! No vamos a darle un pasaporte nuevo. No será nueva expedición. Vamos a canjearle el último.

¡Qué poca! ¡Cuánta negligencia!, se fue Augusto refunfuñando. Llegó a su casa y al cabo de algún tiempo regresó. No, no. Este. El de usted y su esposa no vale. Este es el bueno, aunque... ¡Está mutilado! ¿Por qué lo rompió? ¿Dónde tiene el resto, las hojas del visado? ¡Oh, qué la canción!, dijo Augusto, ahora sí alterado y malhablado como siempre.

Decidí conservar solamente esta parte. Nada del otro mundo. Además, tiene dos años de haber perdido su vigencia. ¿Cuál es el problema? No, pues tiene que traernos algún documento para justificar la pérdida, argüía el oficial. ¿Pero cuál pérdida, hombre de Dios? ¿Qué no la ves? Rota y recortada, ¡pero aquí está! No, pues necesitamos algún documento que justifique el robo, el despojo o extravío.

Augusto contenía sus nervios con las manos empuñadas y aunque pidió fuese atendido por otro oficial, el nuevo nada más atinó a precisar que, efectivamente, ante “la

alteración intencional” del documento debía dar por perdido su pasaporte. Denunciar ante alguna agencia del Ministerio Público Federal la sustracción o el robo del mismo.

Le informó incluso que el emepe —así le llaman al agente del Ministerio Público— estaba junto a la Procu, la Procuraduría General del Estado, sobre el libramiento Norte. Que ahí denunciara “el caso” y que, en cuanto le hubiesen expedido una copia de la denuncia, regresara. Atragantado, tenso y maldiciendo para sus entrañas la ineficiencia absoluta de los diez o más empleados del mostrador, se marchó a la agencia del Ministerio Público solamente para que de allá lo regresaran a las oficinas de la pejeerre ubicadas en el centro y de allí a la Procuraduría y de aquí nuevamente a sus oficinas subalternas, situadas al oriente de la ciudad, por el rumbo de Las Palmas.

Augusto estacionó su viejo Valiant junto al bar de enfrente, ante la mirada perpleja de los agentes de la pejeerre, todos uniformados de negro. Seguramente ahí solamente se estacionaban ellos. A zancadas atravesó el bulevar y ya estaba en el tugurio de las oficinas de la, preste atención, Delegación Estatal de la Procuraduría General de la República, cuando uno de los uniformados le dijo que debía “registrarse ahí”. Un libro de entradas y salidas, maloliente. Otro le informó que la Agencia del Ministerio Público era toda la planta alta. Otro más le preguntó por la “mesa de trámites” que buscaba. Alguien dijo que no. Que el emepe no estaba, pero sí su secretario. Otro que este tampoco, aunque, dijo, “ya no tarda en regresar”.

Y ahí estuvo detenido Augusto hasta que un joven de ropa informal le acercó una silla. Tal vez era el ibeeme o

el mozo del edificio, pero le preguntó sobre su “asunto”, conversó con él y hasta le advirtió, luego de sus ires y venires: pero, oiga, don, entonces su denuncia debe “interponerla” en la Oficialía de Partes. Yo lo llevo. Está aquí na más, abajo.

El tipo de la oficina en ruinas y sin marbete de identificación estaba echado; veía en el televisor algún programa de dislates y se rascaba las narices. Bueno, eso digo yo, aunque Augusto seguramente hubiera mencionado alguna otra parte. Tardó en incorporarse, pero al fin le atendió. Augusto aún no terminaba su explicación, pero ya el tipo le espetaba que dónde tenía el escrito de su denuncia. No la traigo, pero no hay problema, le reviró. Ahora mismo se la dicto, ahí tiene computadora, impresora, papel... No, no, eso es otra cosa. Orita vengo. Voy con el subdelegado para que le digan la mesa donde debe comparecer. Augusto, aunque no entendía ni jota, se plantó resignado. El pasillo angosto estaba desierto y observó apenas nada: todo estaba muerto, apenas dos o tres timbrazos. Pero a las cansadas regresó el de la oficialía sin nombre. No está el subdelegado para que le explique, indicó irritado el oficial, pero espérelo. Ahí va venir.

Aunque Augusto estaba cada vez más impaciente, algo se le ocurrió. ¿Y la oficina del delegado? Del subdelegado, dirá usted, intentó acotar el de la oficialía. No. Del delegado estatal. Aquí tiene sus oficinas, ¿no? Si, ahí enfrente, contestó. Pero lo más seguro es que no esté.

Augusto de todos modos pasó al privado de la asistente del funcionario y preguntó por él. Repitió varias veces santo y seña y esperó. Mientras tanto, observó la localización de las Bases Operativas Mixtas, las famosas

BOM, sobre un mapa de Chiapas que más que disgustarle le provocó simpatía. Era un mapa viejo, amarillento y roto. No. Usted disculpe, pero está ocupado, dijo a media voz la secretaria cuando Augusto aún estaba de espaldas. Tiene una reunión, pero, mire, lo va a atender. Entonces “silencio”, sugirió Augusto a la muchacha, con el índice derecho sobre la boca. Dígale por favor que además de este asunto irrelevante vengo por tráfico, t-r-á-f-i-c-o, tráfico de indocumentados. Es una confidencia. Y le atinó. Fue y vino la asistente, le hizo pasar, pero ahora apareció junto a ella uno de los uniformados de negro.

El tipo que lo recibió en aquella penumbra de papeles, escudos y diplomas, sentado, era todo amabilidad: estamos para servirle, dijo con agrado y buen tino. Para escucharle, profesor. Tome asiento. Bajito, delgado, tez blanca y cabello lacio, así vio Augusto al funcionario; con cincuenta y dos años, según dijo, nacido en el sesenta, al igual que él. Así que —“licenciado” y seguramente “especialista en persecución del crimen”— el señor delegado le escuchó. Amplia y con detalles, su narración comenzó con la solicitud de la oficina de los pasaportes. Luego pasó a la urgencia de contar con un papel que certificara la pérdida de su identificación y remató con el comportamiento negligente y la indolencia de sus empleados.

Desde el inicio Augusto se había disculpado por el ardid, aunque algo llevaba entre manos. El delegado frunció severamente el ceño, pero las cosas no pasaron a más. Incluso celebró la puntada. Buen tipo, dijo Augusto para sí.

Y mientras el delegado pidió por teléfono que le comunicaran con la titular de la oficina de Migración, Augusto no perdió el instante. Le puso al tanto sobre el

más actual de los corredores de indocumentados, el que se inicia en Comalapa y atraviesa el embalse de La Angostura; sobre el presumible tráfico que efectúan desde Tuxtla los negocios que de noche fletan autobuses hacia Tijuana y Ciudad Juárez, e insistió en la desidia generalizada de los burócratas. El delegado se defendía como Dios le daba a entender, con argumentos y reportes naturalmente, pero también con cifras y trozos de periódicos, sobre todo cuando Augusto le planteó que en la universidad, en las calles citadinas y en los pueblos la gente piensa que, a pesar de la ineficacia general de las instituciones, el sector más atrasado seguía siendo el de la procuración y administración de justicia.

Pasó su mano por la frente, pues sudaba; agotó el agua de su servicio y dijo al final que estaba él, precisamente, para meter el orden necesario. Para componer las cosas. Que ya mejoraban, que ahora mismo despedía a algunos malos elementos. Que el cambio aún no permea a la sociedad. Que la prensa es especialmente difícil en Chiapas, pero que “el ritmo es bueno y la transformación avanza”.

Entró por fin la llamada de Migración y Augusto escuchó todo. Acercó sus papeles al delegado, quien le reclamó improcedencias a la funcionaria; con diplomacia y buenas maneras le dijo que no se valía, que por qué tantos requerimientos a la Procuraduría, que Migración debía resolver sus propios problemas..., esto y más. Al final seguramente quedaron en paz y decidieron. Mire, amigo, dijo el delegado a Augusto, gracias por sus comentarios. Sus sugerencias valen oro. Valor civil es lo que más falta entre la gente. Pero lo que usted va a hacer ahora es irse al Ministerio Público Estatal, a la

Procuraduría del Estado, pues su denuncia corresponde al fuero común. Vaya al emepe que corresponda y que le vaya bien. Estamos para servirle.

Se trasladó entonces a lo que después supo era la delegación nororiental de la Procuraduría General del Estado, ubicada en Las Palmas. Una casa-habitación convertida en oficinas, descuidada y sucia hasta decir basta. Sin los muebles indispensables ni abanicos, y una caja enorme que desparramaba despojos, la oficina del emepe era un muladar. Pase, licenciado, aguántenos tantito, dijo a Augusto el joven relleno de la computadora de enfrente, mientras tomaba la declaración de la señora con el niño en brazos, asistida por un legista. Con toda seguridad lo había confundido con alguno de sus asiduos clientes, “facilitadores” o “abogados”. La sala estaba repleta, casi todos de pie.

Augusto vio gente de todos los tipos. Con botines y zapatillas algunas mujeres, con huaraches otros, mocasines. Unos iban y venían, dos o tres aguantaban en las sillas desvencijadas, un muchacho transcribía la declaración de aquel señor de edad, y el policía de guardia sesteaba sobre un taburete, remedo de escritorio.

Dos o tres presumibles licenciados, responsables quizá de las agencias ministeriales, de las “mesas de trámites” o de las pesquisas y averiguaciones, de cuando en cuando salían como de sus madrigueras, del despacho del fondo o de la planta alta. Fumaban, conversaban entre ellos, con sus clientes, sin saber Augusto si se trataba de abogados, tratantes, defensores, leguleyos o huisacheros.

Observó, en el caso del joven ayudante del secretario, cómo dejó lo que estaba haciendo al acercarse un tipo de

lentes oscuros, bien vestido, carpeta en mano. Le habló por su nombre y algo le dijo en voz baja. Subió el ayudante a la planta alta, regresó con algunos papeles, se los entregó al de lentes y al despedirse... Gracias, amigo. Mañana o pasado estoy por acá. Salúdame al licenciado. Todo había sucedido en un abrir y cerrar de ojos. Cuando el presunto abogado despidió de mano al vicesecretario, Augusto vio cómo el billete retorcido, café o verde, pasaba de una a otra mano con habilidades de prestidigitador, e imperturbable el ayudante se lo embolsaba.

Ya orita, licenciado. Ya solamente faltan los sellos y las firmas de est’acta. El que termine primero lo va a atender. El escribano hacía referencia a su trabajo como secretario de alguno de los agentes del Ministerio Público y al de su propio auxiliar, cuando a punto estaban de terminar la impresión de aquellas actas kilométricas. Augusto pensó entonces en lo que declararía; en la mentira que debía construir a partir de la solicitud e insinuación del personal del servicio exterior. Diría que hace una semana exactamente, cuando descansaba y leía a Milan Kundera sobre una de las bancas del parque de El Retiro, alguien, sin darse cuenta, se había llevado el fólder *beige* que cargaba; el mismo que contenía su pasaporte, varias fotocopias y otros documentos. Tendría que mostrar seriedad, no titubear, no ponerse nervioso, identificarse como mejor pudiera y, en especial, parecer convincente y apurado, y así lo hizo.

Usted disculpe, pero ya ve usted cuánta gente. No nos damos abasto. ¿En qué le podemos servir? ¿Usted trabajó en Derechos Humanos, verdad? ¿Qu’és lo que va’sté a denunciar, pue? Ah... Su pasaporte. Lo perdió’sté, ¿ah?

Sí. Es sencillo. Robo o extravío. Usted no se preocupe, aquí atendemos esos casos. Son de puro trámite, luego los mandamos al archivo o les damos el *recurso de alzada*. Pero es rápido. Ya hasta tenemos un machote. Acto seguido, el tipo insertó el papel continuo en la impresora, tomó el teclado, escribió, escribió y escribió. Augusto aportó los datos que había elucubrado uno por uno, e incluso, a pregunta expresa, adicionó fecha y hora exactas.

Listo, licenciado. Acta administrativa número 1412/CAJ/04/2004. Estando en audiencia pública el ciudadano Estanislao José Vázquez Estrada, agente del ministerio público adscrito a la delegación de la Procuraduría de Justicia del Estado de Chiapas, zona oriente, Las Palmas, asistido por su secretario Antonio De la Paz Ache, se procede a tomar comparecencia personal al ciudadano Augusto N., quien viene a manifestar hechos que probablemente encuadren y puedan ser constitutivos de delito. Bien enterado de las penas en que incurren los falsos, por sus generales el compareciente manifiesta ser de cuarenta y cuatro años, casado, originario de los Cuxtepeques, estado de Chiapas, vecindado en esta ciudad, con domicilio en... bla, bla, bla.

El secretario explicó que el documento se formaba de antecedentes, considerandos, resultandos, petición respetuosa, etcétera, y que en la parte sustantiva había agregado a la declaración de Augusto algo de su cosecha: las circunstancias adicionales del caso: "... y resulta que al retirarme del sitio multicitado, observé que ya no contaba con el fólder de mis documentos, por lo que empecé a buscarlo, aunque al cabo de una hora me percaté que no lo podría encontrar. Y el temor de mi persona es

que se le pueda dar mal uso a mis documentos, motivo por el cual presento mi denuncia, a efecto de deslindarme de cualquier responsabilidad presente o futura, relacionada con el mal uso que se le pueda dar al susodicho pasaporte y a mis documentos personales".

Firme usted aquí y póngale su rúbrica a cada una de las hojas. Sí, aquí. Al margen. El secretario pasó el acta a su ayudante; unas diez u once hojas. Las llevó a la planta alta para su firma, regresó con ellas, selló y reselló todo y luego llamó a Augusto. Oiga, licenciado, ¿pero usted va a querer una copia certificada, no? Claro, sí, una copia. Pues entonces va' sté a tener que ir a pagar sus derechos a Hacienda. ¿A Hacienda? ¿A hacer otra cola?, contestó Augusto N. Mira qué horas son. Ya se me fue el día. Bueno..., podríamos ayudarle, licenciado. Pague usted aquí mismo sus derechos y le entregamos su copia. ¿Y cuánto es lo que hay que pagar? Ciento cincuenta. Lo mismo que le van a cobrar allá. Y... ¿hay que pagar ahorita? No. Toavía la voy a requisitar, pero no me tardo. Orita le va llamar el secretario. Y, otra vez, tiempo de espera.

Minutos más tarde, efectivamente, el secretario con un fólder en la mano se le acercó. Ahora sí, ¡listo, licenciado! Aquí está su copia certificada. Acompañeme, por favor. Y se lo llevó al cubículo de junto, donde Augusto llegó a creer que estaba el despacho del agente del Ministerio Público. Todos los que recibían algún documento eran citados ahí. Pero no. No había nada. Salvo archiveros, papeles amontonados, cajas y un escritorio viejo. Aquí, licenciado. Ya ve usted..., es para no hacer olas. Por si las moscas. Ver para creer, pensó Augusto. Abrió su cartera y alargó los billetes. Augusto agradeció abiertamente al

secretario, pero más agradeció por dentro la oportunidad de verificar lo que ya sabía desde hace tiempo.

Atravesó, finalmente, toda la ciudad con la copia del acta administrativa en la mano y, por fin, cuando eran las tres de la tarde volvió a las oficinas de Migración. Ahora sí: rellenaba los formatos que le dispusieron los del mostrador, mientras el oficial malencarado apenas si revisaba la copia del documento apócrifo. Revisó todo lo demás y por fin le extendió una cita. Preséntese aquí dentro de cuatro o cinco días hábiles. Para esa fecha ya tendremos checados sus antecedentes. Venga planchado, pues aquí le tomaremos la foto.

DESDE MÉXICO A SALAMANCA

A Blanqui y Cesarantonio

Qué joda. Ya estoy en Salamanca, pero he llegado en el peor momento. De menos dos a más cuatro grados de temperatura. Viento, nublazón, llovizna y nieve. Dicen que no es normal. Que ha sido el invierno más crudo desde hace quince o veinte años, que el invierno se prolonga demasiado y que al igual que ahora hace frío; lo más seguro es que durante el verano los calores aprieten. Llegué hace días, llegué de noche. Eran las 12:30 y en la estación del tren ni un alma, desolado. Tomé el abrigo, mi sombrero, los guantes, las maletas y bajé como pude. Las flechas me llevaron a un ascensor; perdón: a un descensor, luego a un pasillo, a escaleras que ahora me hacen subir, a un pequeño centro comercial con la mayor parte de sus *stands* cerrados y finalmente a una plaza. Tomo el taxi que asoma muy pronto, el chofer me ayuda. Le digo que cuanto antes corra a la residencia universitaria La Torre, sobre la calle Rodríguez Fabrés, que me habían recomendado.

Increíble. Siete euros el viaje. Unos ciento veinte pesos mexicanos por diez o quince cuadras. Me explica el conductor chaval que a la medianoche las tarifas cambian, que hay un precio adicional por las maletas. En fin. No conozco nada, no sé de nadie, es tarde y el frío cala

hasta los huesos. A las cansadas alguien contesta el interfón; abren la puerta, pero no avanzo. Dicen que no está el administrador de la estancia, que hay una habitación vacía, pero que no se animan a darme posada..., no vayan a tener problemas. Que vuelva al día siguiente, pues no tienen ninguna instrucción. Me indican la avenida Italia, muy próxima, en donde varios hostales podrían servirme... ¡Qué desmadre! Tres maletas, una caja y temperaturas bajo cero. El desánimo cala, el abandono de las calles inquieta y la semioscuridad asusta. Y solamente fueron trescientos metros. Suficientes para perturbarme en serio.

El anuncio decía hostel Hispánico, el primero; a la cuadra se veía el verde neón de otro, encendido y luminoso. Igual, la misma ceremonia. La una de la mañana, probablemente, y sin embargo una mujer jovial y en pijamas me atiende. Vale, me dice. Adelante. Le estábamos esperando, hombre. Pero pague aquí. Son “trenticinco” euros... Ni para qué reclamar: quinientos pesos de los nuestros. La habitación es pequeña, pero confortable y remozada. Cuenta con un radiador regulable. Hay televisor, el agua es caliente y se me desentumen los huesos al entrar a la ducha. Siento cómo los tarsos de mis pies y manos se distienden, truenan, mientras las caricias líquidas recorren mis piernas y espalda. No hay para más. Ni ojos para la pantalla ni tiempo para la cena, solamente cansancio. Y, sin embargo, recorro entre sueño y vela el viaje iniciado ayer.

1. Llego al aeropuerto de la ciudad de México y lo primero es lo primero. A cambiar pesos mexicanos por euros. Siete mil, para lo que se ofrezca de aquí a estable-

cerme en Salamanca. Paso a una primera revisión. Hacen quitarme el cinturón y la morralla, revisan mis zapatos. Sí. El sombrero y el reloj también. Luego al mostrador de KLM, la *Royal Dutch Airlines*. Ahí se entusiasman por el contenido de mis maletas: hurgan, manosean el tequila y mis calzoncillos, y hasta me dicen mmm, qué rico chocolate. Son los tres paquetitos del Soconusco: dulce, amargo y con canela. Treinta y cinco kilos apunta la báscula; aparte llevo el portafolios y la computadora.

2. Voy camino a la sala de espera, aunque para llegar a ella, bárbaros: cinco o diez cuadras. Un montón. Y aunque el de nariz y alas gigantescas ya está al otro lado del cristal, esperamos. En la pizarra se lee que el vuelo KL0686 México-Ámsterdam de las 19:50 está a tiempo. Completo los ejercicios de un viejo libro de grecolatinas para dis-tensarme. Tal vez catorce uniformados, entre hombres y mujeres altas, rubias, impecables, cruzan inicialmente la puerta y el pasillo móvil. Luego van los de primera clase. Y, cuando por fin el megáfono anuncia nuestra partida, comprendo que el mundo de gente que aquí se ve ha de viajar conmigo: doscientas, trescientas almas, no sé, pero la cola es inmensa. Lo cierto es que el gigante al que nos subimos tiene dos pisos: en la planta baja hay dos pasillos y tres filas de asientos triples, todos separados por cortinas, a manera de estancos.

3. Voy justo a la mitad del vehículo, junto a un tipo joven, plaza vacía de por medio; quizás sea alemán, danés o de ninguna parte. No habla español, tampoco inglés, pero con la azafata se entiende. En lo que termina de llenarse y ser trasladado a la pista de despegue, veo por la pantalla del avión imágenes de campos, ríos congelados

y sobre ellos gente en patines, mares, bosques, nieve, molinos de viento y en especial escenas diversas en donde un pájaro enorme, una garza albeante, acuatiza, emprende el vuelo, va y viene, a veces sola, en pequeños grupos, en bandadas. Ha de ser la cigüeña que en Europa abunda..., pero la intención de KLM es evidente: pretenden asociar nuestro viaje al vuelo de estas ninfas, probablemente el ave insignia del país o de la ciudad adonde nos dirigimos.

4. Me doy tiempo para echar una ojeada a la panza del animal. Camino hacia adelante, hacia atrás. Tal vez haya seis u ocho retretes. En una pequeña sección va alguien en camilla y junto a él su enfermera. Hay niños, viejos, muchachos uniformados como *scouts*, deportistas, músicos. Sus vestuarios e instrumentos son inconfundibles. Van chinos o japoneses, gente de ojos rasgados, negros, enanos, alguien vestido a la usanza de los musulmanes, un par de escoceses o irlandeses barbados. Eso creo por las faldas que a cuadros llevan sobre las piernas. Gente, en fin, de todos los tamaños y colores.

Vuelvo a mi asiento y ahora un documental narra la historia de la aviación mundial, destacando la de Holanda. Me pongo los audífonos que entregan a todo mundo los camareros, sintonizo la traducción en español y me queda claro que uno de los primeros negocios formales de la aviación mundial se inaugura en los Países Bajos.

5. Apenas si me doy cuenta del momento en que despegamos. De cuando en cuando muestran por las pantallas el itinerario del viaje a dos planos. En el primero aparece el país, nuestro México, en el segundo, el continente. El dibujo del avión surca los aires, vamos hacia

el norte de Veracruz, cruzaremos el golfo, entraremos al cielo de Estados Unidos por el este de Texas y así continuamos, mientras la azafata rubia, piernas de seda, me sirve de cenar y luego, con un guiño, una botellita de tinto. Frazada y almohadilla facilitan a todos los pasajeros. Las noticias transmiten el primer contacto de las autoridades palestinas e israelíes desde la muerte de Arafat. Informan sobre las secuelas de la imposición norteamericana en Irak...

6. Despierto cuando ya los camareros sirven el desayuno y la gente hace cola para entrar al baño. De acuerdo con las imágenes de la pantalla, cruzamos ahora mismo el cielo británico. Veo hacia la ventanilla y es cierto: a lo lejos, al fondo, se divisa el verdor de la campiña inglesa y el azul del majestuoso mar del Norte. Ambos apenas se delimitan por la línea de arena y blanca espuma del mar. Se observan cuadrángulos inmensos y pequeñas concentraciones densas, caminos como telarañas, todo resplandeciente y, más al poniente, el sol. El monitor informa que la nave ha descendido, que ahora ni su altura ni su velocidad son de crucero y que directo vamos a casa, a la casa de ellos, a la ciudad de Ámsterdam.

7. El Boeing 747 desciende, es cierto, pero solamente me percato de ello porque siento necesidad de tragar saliva. Debo distender la presión de los oídos, pero de pronto bordeamos otras playas. Entramos a una especie de bahía, y hay barcos en ella, cargueros gigantes; luego caminos, carreteras, canales, inmensas extensiones verdes y luego la ciudad al fondo, densa y apretujada. Damos un par de vueltas, el tráfico es intenso, según informan por el audífono, y mientras tanto observo una

carretera como el espectáculo del trenecito que por vías, túneles y puentes atraviesa el campo, allá en la casa de mi vecino junto al uniforme del colegio. Ha de ser una autopista; cuatro o seis carriles. Los autos como en un *continuum* resplandecen sobre nuestros ojos, mientras la doble línea de árboles esbeltos que flanquean el camino, por Dios que son dignos de una estampa.

8. Ya estoy en el aeropuerto de Ámsterdam. Tranquilo. Hay dos o tres horas de tiempo muerto para la conexión. Voy a la planta alta y desde un mirador solitario observo. Lufthansa y KLM señorean el patio. Desde aquí observo setenta, noventa naves; carritos y montacargas que van y vienen; blancos, güeros y negros, todos con el mismo uniforme azul. Camino a ratos. Me ahorran el esfuerzo unas bandas transportadoras que no conocía y entro a una tienda de *souvenirs* holandeses. Ahí encuentro zuecos de verdad, hechos de madera; olanes y otros tejidos minuciosos, miniaturas de vacas y campesinas gruesas con tocados altos, pequeños molinos de aspas extendidas, chocolates y quesos; mil maravillas. Me entretengo, pero enfrente ya me espera la oficina migratoria: a señas me indican los uniformados que debo regresar. Que el carrito en que traía el equipaje debo ponerlo en su lugar. Checan mi pasaporte, sonrían por mi sombrero mexicano y me dicen algo como *willkommen*.

9. Habría caminado un buen tanto para alcanzar la sala de abordaje, pero aquí abundan las bandas y escaleras eléctricas, los elevadores. De donde quiera entran y salen tipos de lo más diverso y ya no se diga de sus indumentarias: hindúes, africanos, probablemente árabes, gente con turbantes. Llego hasta el mostrador y, efectivamente, ahí

se anuncia mi conexión: Ámsterdam-Madrid, 14:45 horas, vuelo KL1705. La neta es que estoy absorto. Apenas si he esperado quince minutos y ya nos llaman adelante. Me indican que inserte en una máquina el talón del billete de viaje, el estrangulador mecánico se mueve para dejarme pasar, atravieso el pasillo y, de nuevo, un par de limpias sonrisas me saludan, llevan el uniforme de KLM, pero, ahora sí, el avión es de los comunes en México. Sin demoras la nave toma las pistas y ya va camino al cielo. Descubro ahora el tamaño descomunal del aeropuerto, pero en un abrir y cerrar de ojos nos sirven la comida. Pruebo ahora las cervezas Budweisser, de seguro atravesamos Francia.

10. Sí. Nos dicen que estos son los cielos de Francia; blancos, profundamente blancos, y, sobre ellos, nosotros. Veo cierta regularidad: todas las nubes a la misma altura, todas siguiendo una misma ruta, como pompas de algodón y helado de coco. Ya es tarde, pero desde aquí el sol se impone. Más allá el cielo se despeja y, por fin, ahí están. Las montañas, ríos y valles de la península. Se nota la mano del hombre en la regularidad de sus plantaciones, se nota en la erosión de sus campos, pero también en algunos bosques perfectamente delimitados, en sus ciudades, senderos y algún embalse. Verde, verde y de pronto ocre, sepia y amarillo, los colores de esta tierra.

Dicen por el altavoz que ya estamos próximos a Madrid, que nos pongamos los cinturones y que hace frío. Sigo observando y no me gustan esos socavones inmensos. Nos acercamos al aeropuerto. Nítidas se ven las hendiduras sobre la tierra. Veo densas nubes de polvo, cerros blancos y cobrizos, trituradoras e interminables filas de camiones.

11. A diferencia del anterior, ahora el aeropuerto todo es de Iberia: rojo, amarillo y blanco. Es mexicano y viene de Monterrey el tipo que me acompaña en el asiento. Que trabaja para una compañía en esta ciudad y que vive aquí desde hace tres años, según me explica mientras el equipaje llega. Sugiere hospedarme una noche aquí, luego tomar el camino de Salamanca, y que use el metro. Los taxis son caros, me advierte. Lo pienso, le doy vueltas, le hago de un modo y de otro, pero vuelvo en mí cuando un policía de aduanas me instruye.

Señor. Usted, el de sombrero. Venga acá con esas valijas. ¿Qué trae en la caja? Libros y una chamarra, le explico. La pulsea, la huele. No se anima. ¿De dónde viene? A ver, su pasaporte. Perfecto. Andando. Y sí, andando y todo cargado hube de continuar, pues aquí escasean las bandas transportadoras. Pregunto y ya me informan que he de subir por unas escaleras eléctricas, continuar a la izquierda, luego a la derecha y por fin a un gran biombo en donde se expenden pasajes. Y cuando por fin afuera veo una plaza y monumentos: ¡hurra! Un grito se me ahoga en la garganta. Estoy en Madrid, hijos de sus chingada madre. ¡Qué bien me siento! ¡Qué a toda madre!

12. Supongo que ha de ser siempre así: la cosa más sencilla del mundo, atravesar las ciudades hipertróficas en sus trenes subterráneos. Así que vuelvo a la estación Aeropuerto para perderme entre sus galerías, trasbordo en Nuevos Ministerios, tomo rumbo a Fuencarral y salgo en Chamartín. A pesar de su xenofobia, la gente es amable. Incluso ahora alguien me ayuda a subir el bulto más grande a la repisa: anaqueles que ex profeso llevan los vagones del metro. Por Dios, qué deleite viajar en estos

coches. No hay grafitis ni grafiteros, ningún vendedor ni voceador de nada, poca gente y música clásica. Hay pantallas y altavoces que dan noticias, publicidad, y advierten cada parada. Estaciones de lujo, me cae de a madres.

13. Llegar a las taquillas y andenes de la Renfe, la red de ferrocarriles de España, es cualquier cosa. Los anuncios me llevan de la mano. La gente corre, va y viene: van abrigados, llevan bufandas y gorros, portafolios y pequeñas bolsas. Entiendo que corren de regreso a casa, buscando el tren de la medianoche. Voy al mostrador de información y quejas; corro con suerte: el último convoy a Salamanca sale en un momento, a las nueve y treinta. Me atiende un tipo de lo más jovial. Usted no es de acá, ¿verdad? ¿Viene de Marruecos?, me inquiera. Ni lo permita Dios, pienso, y meneo la cabeza.

Deme un segundo, le digo. Vuelvo a mis valijas y me pongo el sombrero. ¿Y ahora a qué le parezco? Mmm. ¿Mexicano? ¡Claro que sí! Mexicano, le digo, pues qué otra cosa podría ser. Y así me embarco billete en mano. Faltan tal vez cinco minutos para partir, pero ya los coches están dispuestos. La boleta del pasaje reza: tren 8911, coche dos, plaza 7v, salida 21:30, llegada 23:50.

14. Sobre el viaje, ni qué decir. Otra vez, estantes para el equipaje y asientos cómodos. Hay calefacción y retretes limpios. Un anuncio continuo indica las estaciones en que para el tren de lo más tranquilo. Veo poca gente, relajada, y son escasos los que se incorporan en cada terminal. En el coche van a lo sumo catorce almas. Es tal el contraste entre la luz del vagón y la oscuridad de la noche, que nada se ve tras los cristales, salvo nosotros mismos. Alguien trabaja en su portátil, allá veo dos

periódicos extendidos, los chavos de enfrente se acarian y el bamboleo del tren se advierte apenas. Quiero dormir, pero mis ojos se niegan, mi cabeza bulle. Repaso las estaciones: San no sé qué del Escorial, Ávila, Peñaranda de Bracamonte, Aldealegua y alguna más. Zumba y se mece todo a mi alrededor y al final un silbatazo largo me despereza.

Finalmente, 15. Despierto y por fin, ahora, desde lo más profundo de mi corazón afirmo... que estoy en Salamanca, la universidad-ciudad, la universidad-Estado. Salgo, son las once, y, aunque el sol irradia luz, sus rayos no calientan como en casa, no calientan para nada. Hasta siento que las orejas se me entumen. Debo desayunar, hablar por teléfono y eso urge. Aunque no. Me dicen en el estanquillo (que en la esquina vende libros, periódicos y tarjetas telefónicas) que no. Que aquí está cabrón. Que el desayuno de cereal, leche y frutas solamente se ve en los restaurantes de los hoteles para extranjeros.

Rozo la redondez de los muros del templo de San Marcos, tomo la calle de Zamora y ya estoy en la plaza Mayor. Un hervidero en donde confluyen todas las calles y avenidas de la ciudad. Pero ya me desayuno. Seguro que a como Dios le dio a entender, el camarero hizo que prepararan una ensalada de berros, puerros, melón y peras. No es jugo, sino “zumo” lo que contiene el vaso, al cereal llaman “mueslí” en vez de granola y no pago en pesos, sino en euros de a diez y seis por uno.

PREGUNTAS, AMOR, Y YO TE CONTESTO O PARA ACERCARTE A ESPAÑA DESDE MIS OJOS

Me preguntas, amor, cómo es esta ciudad, su gente, y yo te contesto. Hay termómetros y relojes para saber del tiempo en todas partes. Los conductores respetan el alto y las zonas peatonales, y hasta se paran en las esquinas para dejarte pasar. Hay templos románicos redondos desde el siglo XII y también un puente que recuerda a los romanos imperiales. El río Tormes que atraviesa el puente es el mismo, el del lazarillo de la novela homónima. Y cigüeñas y más cigüeñas blancas con rebordes negros pueblan el cielo de Salamanca, cuyos nidos coronan cruces y campanarios.

Beben vinos y brandis, y ahora vodka, como nosotros cervezas; a los restaurantes llaman cafés, aunque los cafés son verdaderas cantinas. Hay desquiciados y locos como dondequiera y limosneros, payasos y músicos con sus sombreros esperando una moneda. Pero el gentío aguanta hasta que el verde de los peatones se enciende y hay aquí más extranjeros que gente de su propia casa.

Los chavos y chavas beben en las plazas cervezas españolas Mahou, holandesas Heineken, inglesas Guinness¹ y se orinan en las esquinas a plena luz del día cuando están

¹ La cerveza Guinness fue creada por el irlandés Arthur Guinness (1725-1803). La compañía irlandesa fundada en 1759, llamada originalmente St. Jame's Gate Brewery, se fusionó en 1997 con la inglesa Grand Metropolitan, creándose la multinacional de bebidas alcohólicas Diageo, con sede en Londres. N. del e.

borrachos..., aunque se ven piquetes de policías en cualquier lugar y a cada rato. Por la mañana “furgonetas” y camiones repartidores circulan por las calles de piedra o enlosadas y de noche solamente vehículos policiales tienen acceso a ellas.

Comen galletas, farinato y pastas que da gusto; cerdo, grasa, jamones y manteca. Enharinan y rebosan con pan todo lo que se tragan y a todas sus ensaladas ponen aceite, vinagre, pimienta y sal. Dicen “¡Jesús!” cuando estornudan y se les escucha “¡que le aproveche!” cuando inician la comida. Aquí sí funcionan las patrullas de la policía de barrio y las equipadas con motocicletas, aunque al igual que en México son descortesés. No hay insectos, cucarachas ni hormigas y los desvelados, en viernes y sábado, cuentan con una ruta de buses desde las once a las cinco de la mañana.

Comen chanfaina y también es de bofes y demás menudencias, pero dicen que no es de res, sino de oveja o cordero. Ni el color, sabor ni olor se parecen a la chanfaina de los Cuxtepeques, y sus tortillas son eso: tortas gruesas y algo extendidas, mitad huevo y mitad patatas —ojo, no papas—, siempre con algún aderezo. Bajan “pa’bajo” y suben “pa’riba” sin ningún rubor, lo mismo que entran “pa’dentro” y salen “pa’fuera”. A los salmantinos apodan “charros” como sinónimo de campesinos, tanto porque hasta hace poco se dedicaron al campo, como por su atavío típico, lejano ascendiente del sombrero y traje de los charros mexicanos. Viven juntas, las parejas, pero no se casan. Dicen que hay que esperar para conocerse y “coger” (que no agarrar), coger bastante para tomar costumbre.

Tienen sus primeros y únicos hijos después de cumplidos los treinta y cinco, y, cuando los chavales alcanzan los diez, los padres parecen abuelos. No se apenan ni se acongojan si a los veinticinco, treinta o cuarenta aún siguen en casa de sus padres, y los peores salarios de toda España, luego de Andalucía, se pagan en Salamanca, sobre todo en tratándose de camareros y dependientes.

Tienen una plaza Mayor cercada absolutamente de edificios. Era una ciudad amurallada, con sus siete puertas, como todas las de la frontera media, allende el siglo décimo y la inicial fundación de España. En la plaza se encuentran todos, ahí concretan sus citas y hacen *picnics*, no se permiten vendedores ambulantes de *hot dogs* ni paleteros y toman el sol recostados sobre el piso. Detestan, dicen, a Francisco Franco, aunque los chavos no lo conocen, pero, eso sí, conservan ahí un medallón con su efigie, como si se tratara de algún monarca.

La ciudad es concéntrica y desembocan o parten de la plaza todas sus calles todas. La ciudad es pequeña, extraordinariamente pequeña para la población que alberga, pero esto se debe a que todos buscan el calor de sus calles sinuosas y la complicidad de sus estrechas aceras. Todo mundo tiene de mascota a un perro y me encabrona que los saquen a orinar y a cagar a la calle. Por eso las alamedas y el césped de los parques son estercoleros, salvo la huerta o parque de los jesuitas, donde los y las rubias extranjeras se tienden al sol casi desnudas.

Dicen que en toda España es igual, pero no tanto como en Salamanca; que el mercado de bienes raíces es abrumador y que todo el mundo quiere un departamento, “un piso”, aunque la mayoría sea para rentarlos. E igual su-

cede con las fianzas y con las agencias de viajes: mucha gente vende seguros y a cual más quiere vacaciones.

El ciudadano común no conoce el proceso que llevó a España a su Segunda República, al intrínquilis de la Guerra Civil y mucho menos a la represión ejercida por el gobierno fascista del general Franco. Los contenidos de estas tres asignaturas no figuran en los textos obligatorios de la primaria, secundaria y bachillerato, y hay algo que no entiendo: sus cuatro o cinco niveles de gobierno. Tienen monarca hereditario y presidente de gobierno, Consejo de Ministros y Consejo de Estado, parlamento de diputados y también de senadores. Y esto es solamente el gobierno central. Aparte están las comunidades autónomas, las provincias, municipalidades y pedanías.

La ciudad crece verticalmente y muy poco a sus lados. Y antes tuvieron judería, barrio de putas y de artesanos, como hoy florecen las misceláneas de chinos y los mercadillos trashumantes de gitanos y negros que también llaman “rastros”. No tienen moteles y por casas de citas y “puticlubs” tienen a los burdeles y desplumaderos del centro. No sé, hasta el momento, adónde llevan las mujeres a sus amantes, y al hecho de fornicar llaman “follar” o “echarse un polvo”. A la cosita de las damas le dicen “coño” y a la del hombre le llaman “polla”.

Me acabo de enterar que recién, a las salidas más importantes de la ciudad, se instalan con formalidad prostíbulos y cabaretes, y bien he visto que en las calles y alamedas las parejas se cachondean sabroso: se tocan y trastocan hasta ponerse ¡firmes! De paseo por los supermercados y en los buses se toman de las nalgas con gran naturalidad y hasta con cariño, y en las bancas públicas

ellas se sientan sobre los muslos de sus hombres, de frente o de espaldas, por atrás o por delante, como si se tratara de otra cosa.

Tienden su ropa a la vera de las calzadas desde sus ventanas, como si se tratara de guirnaldas y pasacalles, sacuden el polvo de sus alfombras desde los ventanales de sus apartamentos, y hay entre cincuenta “céntimos” y un euro de diferencia en el precio por servirte las “raciones” no en la barra, sino en tu mesa. Hay semáforos de transeúntes que debes activar para parar el tráfico, ahí en donde escasea el paso de personas. Y aquí, como en todas las ciudades y pueblos de España, conservan como reliquia sus picotas: esas columnas de piedra en donde hace tiempo exhibían las cabezas de los ajusticiados, o exponían a los reos a la vergüenza pública. No van por ellas ni van por pan, sino “a por ellas” y “a por pan” y llaman “carpinterías metálicas” a los que en México tenemos por talleres de herreros y balconerías.

Son marroquíes u otros inmigrantes musulmanes los que extienden la mano para la limosna, mientras sostienen alguna información impresa. Deambulan los vendedores de lotería con sus pechos cubiertos de billetes, y los inválidos, perdón, los minusválidos y gente con “capacidades diferentes”, todos usan sillas o carriolas automáticas y van a la escuela o tienen empleos.

Es evidente la derecha, aunque también las extremas; dos, tres y hasta cuatro españas. Los carteles religiosos compiten con los culturales; hay fascistas y hasta coloquialmente les llaman “fachas”. Aquí el pago de los servicios se domicilia, es decir, se carga a una cuenta bancaria, y hasta parece que todos tienen una tarjeta de ahorros con Caja

Duero o Caja Rural: las mutualidades que se visten de filantropía, financian conciertos, obras pías y exposiciones y hasta subsidian a su “santa madre”, la Iglesia de toda su vida.

Graban, como en cualquier parte del mundo, los muros de la ciudad con corazones sangrantes, cruzados, y hasta leo ahora muy claro: “Nadia linda. I love you”. Entre esas inscripciones se ven las de los etarras, *skinheads* y grafiteros y aquellas que rezan “sudakas No”, “negros, vuelvan a la Selva” y “fuera Moros”.

La gente va a los templos, tanto como a las cantinas que aquí llaman cafés, garitos, bares, restaurantes y *pubs*. Van asiduamente, por ratitos y hasta tres veces al día; otros van antes del trabajo, al mediodía, al término de la jornada, o después de echarse la mona. Toman vino, licores y “cañas”, que no son más que pequeños vasos de cerveza que a veces mezclan con limonada o gaseosa. Comen “tapas”, que también llaman “pinchos”, parecidas a nuestras ricas botanas, y hay en la Salamanca antigua tantos bares y cafés cantantes y discotecas que difícilmente voy a conocerlas todas mientras dure mi estancia. Y claro que hay prostíbulos, cabaretes y salones rojos: es cucho que son extravagantes y caros, pues la mercancía viene de lejos: de Asia, el Caribe, Rumania y Rusia.

Viven, desgraciados o felices (yo no sé), en multifamiliares y edificios altos. De la única puerta de estos inmuebles entran y salen todos como van y vienen las arrieras del inframundo, y existen, ojo, no estacionamientos, sino “*parkings*” subterráneos de barrio en barrio, especialmente debajo de las plazas. Le dicen “pisos” a los departamentos y son pequeños, de techos bajos y paredes de tablarroca; nunca con muros formales ni de

ladrillos compactos. Y como se bañan cada tres o cuatro días, cuando en el bus extienden sus alas apestan como zorrillos. Su comida más fuerte no es el almuerzo, sino la cena, e incluye siempre sopa, ensalada o caldo. Desayunan a las ocho, almuerzan a las once, comen a las dos, meriendan a las cinco y cenan a las nueve. Asean sus viviendas una vez por semana y a veces hasta los quince días, y no he visto nunca oferta de casas, plantadas sobre la tierra, sino solamente sobre edificios. Nadie compra un coche usado, pues eso es de mal augurio, pero se embarcan en financiamientos de hasta diez años.

Los curas de alzacuellos y hábitos oscuros se pasean orondos por las calles y he visto más monjas aquí que en ninguna parte, incluso enterradas en el cementerio. Todas con velo y sayas hasta el huesito, algunas preciosas —dignas de mejor nombradía—, o revestidas con “chaquetas” o “cazadoras” Hilfiger y “zapatillas” Nike, que es como llaman a los tenis. Unos y otras perciben salarios, se integran a las nóminas y reportan impuestos al fisco, mientras las diócesis arriesgan en la bolsa el dinero de las limosnas y el que pagan sus feligreses.

Curas bonachones y monjitas angelicales (aunque también perversas) pueblan su imaginario festivo, y a sus costillas se ríen, igual que en la calle, en la televisión y la radio. Sus mejores chistes tienen que ver con ellos y su televisión es mala o mediocre, igual que la mexicana, aunque con una ventaja: compactan toda su publicidad cada veinte minutos del programa que transcurra.

Así nieve, haga frío o corra el viento helado, las piernas de las más hembras encandilan. Llevan minifaldas exiguas y exquisitas, aunque los muslos se les pongan

rojos. Y fuman y fuman como si de pronto les fueran a negar la libertad de hacerlo. Fuman los hombres, pero no tanto como las mujeres y no tienen respeto por quienes no fuman: apenas hay leyes en este país que lo prohíban y entonces humean como chacuacos... Yo creía que solamente en Cuba. Fuman y requetefuman en bibliotecas y consultorios, en los bancos y oficinas públicas, y creo que hasta en los templos. Sus calles lucen a las siete “de la tarde” repletas, en especial las principales, y salen “de tapas” cuando deciden no comer o cenar en casa. Si se emborrachan hoy y hasta el día siguiente, dicen que van “de marcha” y su vida nocturna no inicia con la noche, sino a las doce. Las plazas les sirven, tanto de día como de noche, para armar “botellones” y ponerse *hasta atrás* con sus bebedizos “calimochos”: mezclas de ron, vino y refrescos de cola.

“¡Me cago en la leche!”, “¡me cago en diez!” y “¡me cago en la puta!”, dicen cuando se enojan, y aquí no mientan madres como los mexicanos. Dicen los más formales, que son recatados, aunque por cualquier cosa mandan a todos a “¡la puta de oros!” y a “tomar por culo”. “Tener cojones” es tener huevos, tenerlos bien puestos o lo que es igual: tener valor, aunque a cada rato “se acojonan”, que es tanto como si tienen miedo.

Lllaman “bragas” a las muy femeninas pantaletas y a los calzoncillos les dicen “cayumbos”. Entre las gitanas y otras mujeres se escucha que les “suda el coño”, les “suda el culo” y hasta las tetas. Y aquí también hay competencias entre adolescentes: los varones compiten por quién la tiene más grande y llega más lejos, y las chicas se miden por quién tiene más pelos o lo

tiene abultado. Sus almohadas no son rectangulares, sino angostas y largas como chorizos, y así como huela de diciembre a marzo, en junio y julio quema como en los hornos y tejerías.

Es común verlos borrachos, alegres, contentos; con gritos y cantos destemplados, mayormente los jueves, viernes y sábados, a las seis o siete de la mañana del día siguiente. No tienen una, sino dos catedrales (se ha de repartir el obispo en dos pedazos, perdón, aquí los obispos son “señores”, “dones”, “ilustrísimos”, “reverendísimos” y toda esa parafernalia). Las campanas de ellas suenan a cada rato y, como es típico de las iglesias antiguas — construidas precisamente por masones—, muestran al ojo observador mil exquisiteces: ángeles caídos, gárgolas demoniacas, fierecillas y querubines de genitales extraordinarios. Se empecinan absurdamente los turistas buscando en la fachada de la universidad una ranita sobre la calavera de la columna derecha, segundo cuerpo, y en la última restauración los canteros añadieron un astronauta inverosímil a la fachada lateral de un templo.

Aquí y en otras ciudades los viejos juegan a la “petanca” con unas como canicas de acero, pero del tamaño de las toronjas, y hay albergues de ancianos y ludotecas para ellos como los locales de videojuegos en México. En los bares la gente juega al *bingo* y apuesta dinero en las “tragaperras”: las maquinitas tragamonedas y, aunque les timan, dicen que a veces ganan.

Casi no se ven niños en las escuelas primarias —claro, niñas tampoco— y en aquellas como en el kínder sus abuelos van y vuelven por ellos, nunca sus padres. Estas alamedas y aquella plaza, los bulevares, calles y carreteras

se ven limpias, señalizadas y provistas de equipamientos; los autobuses son de primera, climatizados, con música suave, aunque a veces fallan; su ingenio hidráulico los baja y ladea hacia las aceras de las paradas, pasan cada quince o veinte minutos, con puntualidad chingona, y hay *tickets* para diez viajes, abonos mensuales y semestrales, y hasta dicen que pronto aceptarán plásticos inteligentes.

Limpian y lavan sus calles con aspiradoras y barreadoras automáticas, a los estacionamientos particulares llaman “garajes”, y me gusta el uniforme y la gallardía de los barrenderos públicos. Suben y bajan muebles de los apartamentos con grúas y escaleras mecánicas desde las calles. Son sofisticados para el cuidado de sus jardines y hasta utilizan para ello tractores, motosierras, desbrozadoras y molinos de martillo para triturar las ramas. Hay mercados ocasionales que llaman “mercadillos” y “rastros”, pero las fruterías, verdulerías y “estancos de alimentación” prosperan.

La gente separa la basura en cristal, metales, cartón y orgánica, y todos los días a la misma hora el mismo camión pasa, uno para cada cosa. La gente prefiere cerveza a granel y no en “botellines”. A veces siento el olor de tabacos exquisitos por la calle (naturalmente cubanos) y los volteos o *trocas* son desconocidos. Ningún autobús se estaciona en la calle y la mayor parte de los talleres mecánicos se encuentra en los “polígonos industriales”. Usan artesas inmensas para tirar en ellas el escombros y luego las suben a plataformas con dispositivos hidráulicos. En todos los trabajos de albañilería se utilizan grúas y andamios y escaleras sofisticadas y casi no trabajan los alarifes, sino sus máquinas.

La gente es seca y desacomodada, no saluda ni dice adiós, sino “ajtalogo”, y si dices gracias no te contestan. No agradecen a quien les sirve, son presuntuosos e imprudentes y a todos pretenden tratar como hijos: “Sí, mi niño”, “esto le caerá bien, mi niña”, en especial si son viejos, dependientes y farmacéutas. Y si se trata del cambio te tiran las monedas frente a los ojos. No hay boleros, no hay vendechicles ni canguritos, no hay en los cruceros limpiacristales ni tragafuegos. Caminan que da gusto los salmantinos, aunque especialmente en el centro, sobre sus calles embaldosadas y algunas de piedras redondas o cantos rodados como las empedradas calles de la antigua Frailesca.

Tienen piscinas climatizadas, municipales, cuyos servicios son caros. Sus excusados son limpios, aunque pequeños, y la perilla de los retretes no se empuja, sino se jala. Todo mundo busca una credencial o diploma, más que estudiar de veras, y entonces ofrecen cursos, *masters* y “expertizaciones” al por mayor. Leen bastante, ni duda cabe, por lo que se ve en las librerías y estancillos, y es una ciudad en donde por cada cinco fulanos tres son estudiantes de fuera, turistas y extranjeros.

Aquí no tienen computadoras, sino “ordenadores”, “móviles” en vez de celulares y en las universidades todo está conectado a la red; si llevas portátil, la conectas en cualquier parte, pero no hay servicio de impresión para nadie, salvo en los cibercafés “a veinte céntimos el folio”. Las bibliotecas prestan libros hasta por un mes y su “carnet”, que no credencial, como decimos en México, igual les sirve para checar calificaciones y sacar fotocopias que para pagar servicios y retirar dinero. Todos los

universitarios españoles tienen garantizada una beca, siempre que los ingresos de su familia no lleguen al tope, aunque no la reciben de poquito a poco, sino al año y en una sola entrega. No hay mucha oferta ni diversidad entre las escuelas públicas de primaria, secundaria y bachillerato, pero abundan las privadas, solamente católicas. Y hasta los agnósticos inscriben a sus hijos ahí, para no exponerlos al “salvajismo” de los inmigrantes sudamericanos, antillanos, marroquíes y rumanos.

Cuentan que, hasta el siglo XVII, durante la Cuaresma expulsaban a las putas de la ciudad. Las echaban a los arrabales del otro lado del Tormes, aunque el “lunes de aguas”, luego de la Semana Santa, eran bienvenidas y agasajadas con música, comida y vino por los urgidos estudiantes salmantinos que por meses, e incluso años, no regresaban a su patria. Y a propósito, el Tormes, al igual que nuestros ríos, está absolutamente corrompido, aunque, menos mal, aún no apesta. Tiene la ciudad museos al por mayor, de relojerías, antigüedades y autos fantásticos, pero dos son únicos: uno exclusivo para las artes decorativas y el *art nouveau* y otro para la guerra civil española y la persecución de republicanos, masones y “rojos”.

Ya dije que comen harinas y grasa como cerdos, pero no me extraña. Igual somos nosotros, que tragamos chiles y picantes como perturbados. Aquí la educación básica es gratuita, pero les meten “historia sagrada” y religión a fuerzas; no es laica, como en México, y da risa ver al Estado subsidiando a las escuelas de la Iglesia. Dicen que hay becas para casi todos, pero el seguro social como lo conocemos en México no existe.

Tienen su universidad, la de Salamanca, y otra, la Pontificia Universidad del mismo nombre, ambas con capillas y “clerecías” dentro. Juntas las dos, pero en especial la primera, forman parte del gobierno municipal o influyen poderosamente en él. La figura del rector es, obviamente, más importante que el ayuntamiento y la diputación provincial. Desde que se funda la universidad en el siglo XII, el casco histórico de la ciudad es de ella, la universidad es la ciudad y a la inversa también funciona. No hay destino dentro de la ciudad en donde la universidad no se encuentre. La ciudad se debe a ella, a sus estudiantes y maestros, a sus facultades, bibliotecas, laboratorios..., pero, ojo, también a sus visitantes e industriales, criadores de ganado, agricultores y alguna estrella.

Y se me olvidaban sus camposantos. Hay uno que a la entrada dice “cementerio católico”, por lo que, me imagino, ha de haber otros más pequeños para masones, protestantes, ateos y gente de izquierdas. Es inmenso como no me imaginaba, y en él muchos muertos no se entierran, sino que se “emparedan”. Es decir, montones de restos se conservan en gavetas, como en las antiguas iglesias, dentro de pabellones inmensos. Aquí la gente no celebra con sus muertos, no les cantan ni les llevan tamales (pues no los conocen) y se ve que los abandonan bastante. Dicen, incluso, que una mujer despechada le puso por epitafio a su marido muerto lo siguiente: “¡Ala! Tú duermes en el suelo, mientras yo en la cama. Que te den por culo y hasta mañana”.

Desde los Cuxtepeques

A MI VIEJA CONCORDIA

Con la venia de usted, amable lector, incluyo ahora una especie de discurso que pronuncié el pasado quince de junio del presente en el antiguo asiento original del pueblo de La Concordia, en ese momento descubierto totalmente, debido al exagerado nivel bajo de la presa La Angostura, y es lo siguiente: que dedico esto a Miguel Ángel Córdoba, legítimo edil, y a su esposa Miriam, de nuestra niñez y recuerdos; muchas gracias por estar aquí. Al arquitecto Pedro Ramírez Álvarez y a María de Lourdes, su mujer, y a los compas del Comité de Rescate Histórico, a todos mi reconocimiento por este evento fuera de lo común. Estoy pensando en mis colegas de la asociación Amigos de La Concordia y especialmente dirijo a ustedes, mis hermanos, granos de la misma sal, estas palabras simples pero verdaderas.

Estamos celebrando, como todos saben, el vigésimo noveno aniversario del traslado de la comunidad concordiana al nuevo pueblo de La Concordia. Hoy se cumplen veintinueve años de esa histórica fecha: 1973, cuando nuestras familias se mudaron de esta entrañable tierra a aquel pedregal árido e inhóspito de la Nueva Concordia, forzados por el gobierno y por las circunstancias, sin que se haya tomado el parecer o el consentimiento de todos ni de nadie, y sin pedirle permiso a nuestros viejos, nuestros ancestros, abuelos y padres.

Ya desde antes, desde que se inició la construcción del nuevo asentamiento en 1971, progresivamente, primero algunos hombres, luego dos o tres mujeres emprendedoras, y después familias enteras, fueron desprendiéndose de sus conocidos, de sus bienes y de sus animales en esta Antigua Concordia; primero por días, luego durante semanas enteras y después por meses, hasta que se establecieron allá, definitivamente. Era obvio. Iban a trabajar como peones y albañiles, como carpinteros y herreros. A vender tentempiés y almuerzos, a establecer tendejones y expendios de abarrotes, a vender cervezas, aguardientes, botanas y otras cosas no muy dignas... Iban a hacer negocios con los cientos, quizá miles de personas que se requirieron durante tres años para medio construir el pueblo nuevo.

Allá se arremolinaron, por esos años, arquitectos, ingenieros, antropólogos y electricistas. Como si fuesen arrieras cuando por las noches del tiempo de agua van y vienen, tusando los tulipanes y los jazmines. Iban y venían mandamases, cuadrilleros, supervisores, neveros, paleteros, maestros de obra, albañiles y sobrestantes, y toda clase de saltimbanquis, merolicos, doctores invisibles, funcionarios del gobierno federal, empleados del gobierno del estado, ejecutivos del Indeco y promotores de la Comisión Federal de Electricidad, de la Reforma Agraria y del Fonafe, superintendentes de la constructora ICA, de la Hidalgo, de la México y de la Coconasa.

Ya hasta se me olvidan todas las otras compañías constructoras que llegaron a hincharse de dinero, pero no cómo se encargaron de llevar sus utilidades, ganancias y prebendas... Me acuerdo de cómo dejaron plantadas las

famosas “casas-tipo”, con excusados pegados a las cocinas y con cocinas que parecían casas de muñecas; las mismas que ahora ya casi no existen, aunque si algunas se mantienen en pie ha de ser porque se les cambió el techo, se volvieron a encementar, se repellaron sus muros —pues las entregaron en obra negra—, se trastejaron una y otra vez, y hasta fueron remodeladas, en algunos casos, para que las familias grandes entraran bajo su techo.

Mucha gente, por la circunstancia que fuera, se trasladó a aquel infierno en que se convirtió el pueblo nuevo, antes de que se fijara el ayuntamiento allá. Durante los primeros años de amansamiento —pues hubo que amansar el suelo extraño y acostumbrarnos al nuevo entorno— la mayor parte de los nuevos pobladores de aquella tierra nos trasladamos antes que el Señor de las Misericordias. Antes que nuestro San Pedrito, el de la antigua hacienda, y todas las demás imágenes de santos y vírgenes que nos habían acompañado desde 1849.

Fue en la fecha de este día, pero de 1973, cuando el Señor de las Misericordias y todo su séquito glorioso recorrieron las calles de la vieja Concordia hacia el poniente, pasaron por el campo de aviación y la capillita, cruzaron el río de Las Salinas o San Pedro y llegaron hasta allá, a su nueva morada, desconocida y sin terminar; a medias y sin la sombra fresca de aquellos nuestros laureles de la plaza central.

Es cierto que la mayoría de los trasterrados se trasladó antes, sin embargo muchos lo hicieron después, con un poco de miedo y bastante pena... Los santos patronos ya no estaban aquí, tal vez las almas de los difuntos más recientes aún no encontraban hacia dónde ir; la mayoría

de las casas se había abandonado o estaban destruidas; las autoridades ejidales y municipales ya se habían mudado arriba, al pueblo lamentable y feo, y aún así algunas familias se aferraron hasta el último momento a esta tierra, nuestra santa tierra, en donde dejamos nuestros ombligos, nuestros tesoros infantiles escondidos, nuestras novias y confesiones, nuestros muertos.

¿Quién no hace memoria de todo lo que dejamos? ¿Quién no recuerda —naturalmente, entre quienes tenían arriba de cinco años en 1973— que no solamente abandonamos el suelo que nos vio nacer, sino la alcoba, el corredor, la huerta, el patio, el traspatio de nuestras casas y las calles empedradas de este santo lugar? ¿Quién no rememora que aquí quedó una parte de nosotros mismos, de nuestros corazones, nuestra memoria, nuestros recuerdos, cariños, enamoramientos, borracheras, lágrimas y gozosas carcajadas?

¿Quién no vibra o se acongoja al volver a ver, cerrando los ojos por un momento, lo que fue nuestra rotonda, aquel círculo virtuoso y atestado de gente, de jovencitos enamorados y de novias despampanantes? ¿Quién no recuerda en la plaza llena de música a los maridos más o menos responsables, a las comadres criticonas y a los aprendices y profesionales del zapateado? ¿Quién no se los imagina a todos, bailando a la luz de la luna y con las amarillas lenguas de las lámparas de gasolina, arrullados por la marimba y las orquestas que anualmente nos visitaban, desde todo Chiapas y el Soconusco, durante la fiesta del Cuarto Viernes?

Yo todavía sueño con ello, de repente. Recuerdo cómo a finales de 1971, cuando aún no cumplía los doce

años, me mandaron a estudiar a Tuxtla, al seminario. Doña Fausta y don Eduardo querían que fuese cura. Y recuerdo nítidamente la plaza, nuestro viejo y amoroso parque... Primero el que me contó la abuela Mariantonia, el de la ceiba en el centro, el de las calles enladrilladas, el de los viejos naranjillos en donde colgaron a tantos carrancistas y a gente inocente, y el de los espantos y aparecidos a deshoras de la noche... Pero también tengo aquí, en la memoria, la plaza de mi niñez, con sus bancas gruesas y frescas de la rotonda, su piso de mosaicos rojos y amarillos —aunque más bien de color mostaza—, las “glorietas” del anillo intermedio, las butacas de granito aportadas por los rancheros ricos, los salineros y la gente bien, sus pasillos internos, su astabandera frente al ayuntamiento, su famoso “morisco”, cuyo nombre hasta la fecha nadie logra explicar, sus laureles jóvenes y sus casuarinas enhiestas, en fin... ¿quién no se acuerda de tantas cosas sublimes?

De cuando desde el barrio de San Pedro, casi frente a la carpintería de don Alfonso Ruiz, nos mandaban a comprar leche y queso fresco por este rumbo, a la casa de doña Leti Albores, y de don Armando Guillén. Del primer kínder que puso doña Chayito por acá, en donde se iniciaron los estudios de varios de los presentes. De cuando fungía como buen presidente municipal el entonces apuesto Jaime Coutiño Velasco o Velázquez. De cuando aquí mismo, junto a la casa de don Cicerón y de las señoritas Méndez, se instalaba el circo y desde la tarde deambulábamos para ver de gratis a sus perritos amaestrados, a los payasos, a los trapecistas y a las bailarinas de vestidos cortos y boquitas pintadas.

Pero nunca nos olvidaremos —pues esto que recordamos habremos de transmitirlo a nuestros hijos y a nuestros nietos y ellos a su vez a los suyos— que tuvimos aquí, en este lugar, el más precioso edificio, que conocimos de niños como presidencia municipal, con su portal de arcos neoclásicos, siempre pintados de verde, su cárcel despejada y de barrotes gruesos, y sus canchas de basquetbol.

El olvido nunca llegará para la iglesia humilde aunque hermosa del Señor de las Misericordias, con su media cancha de voleibol al costado y sus palmeras de enfrente. La ciudad recordará siempre el edificio funcional de la tiendona y el hotel de doña María Samayoa, el precioso edificio de La Palma, en donde estuvo la botica del señorón tío Raúl Coutiño Ristori, el médico del pueblo, atendida por el buen Dago, aquel pariente de un cura que intentó enraizar aquí..., y tantas y cuántas casas elegantes que le dieron robustez y fama al pueblo.

Pensemos por un momento en la escuela primaria Miguel Hidalgo, en la miscelánea de don Ernesto Sánchez, en el cine Isabel y la paletería El Popo; en la casa de la famosa doña Quirina, en la esquina de don Manuel Rojas y en los billares, primero, y la tienda, después, de la tía Esthela y de don Héctor Coutiño. Veamos en la imaginación ahora La Colmena de doña Cande Coutiño y justo enfrente el primer colegio, Juan XXIII, estimulado por ella. Evoquemos la casona de los Borregos, El Atorón del Sapo y el cine Lux, los billares del famoso Santiagón, la cantina de doña Carmen Espinosa, la casa del pueblo y la escuela primaria Emiliano Zapata...

Pero no nos olvidemos del barrio de San Juan, el de los caleranos, el de la “orillada” que circundaba al pueblo;

del barrio de Las Casitas y el puente de hamaca, sobre todo en esta estación, precisamente, cuando por las mañanas, y luego de las crecientes, muy cerca del puente pasaban troncos con lagartijas y ratas, hojarasca podrida y hasta animales muertos... Recordemos el arroyo de San Juan y las salinas de ese rumbo, los balnearios naturales de Ranchomono y Piquinté, el arroyo de El Limonar y el panteón.

Recordemos el cementerio con todos nuestros antepasados en sus tumbas, donde varias veces nos hicimos compadres de a cascarón en Todosanto. Y no vamos a olvidarnos del arroyo Grande, de los mangales, de las vegas de la orilla del río y de los platanales del viejo don Augusto, el de las camisetas siempre blancas y su cigarro en los labios. Tampoco se perderá en nuestra memoria el campo de aviación por el rumbo de don Chaúlo y los potreros a cielo abierto, el barrio nuevo de los parraleros, la poza colorada y las pocitas de la Santa Cruz.

Aunque..., por sobre todas las cosas, deberíamos ponerle concha a nuestros corazones y enojarnos ahora ante la estulticia, la negligencia, la mentira y la irresponsabilidad del gobierno federal y estatal de esos años. Los mismos gobiernos que ofrecieron el oro y el moro a nuestra gente, convencieron a las buenas o a las malas al ejido, negociaron con el gobierno, compraron a las autoridades municipales y estimularon o corrompieron a nuestros líderes incipientes y a las familias de los mandamases.

Tal vez los agentes del gobierno cabildearon tanto, o manipularon tan bien y sensibilizaron con tanta eficacia a quienes tomaban decisiones en ese momento, que hasta ingenuamente y con satisfacción aceptamos todos la

permuta..., no obstante que no nos devolvieron nuestras frescas casas de adobe ni nuestros árboles añosos, aquellas calles empedradas y sus banquetas de laja, nuestros arroyos y barrancas, nuestra presidencia municipal, los hornos y los pozos artesianos de nuestros patios...

La Comisión Federal de Electricidad, dolosa y premeditadamente, engañó a todos. Ella solamente deseaba producir electricidad al menor costo posible y lo consiguió, a costa de nuestra desgracia. A las autoridades formales e informales, a nuestros inexpertos dirigentes y a nuestros viejos: vilmente se les engañó... Fue esto un asalto en despoblado, se burlaron de nosotros y nos tomaron el pelo; lo mismo el Indeco que la Secretaría de la Reforma Agraria, la CFE y todo el gobierno.

Ofrecieron empleos permanentes y hasta una fábrica de cementos y calhidra, mientras hoy no tenemos ni paleterías. Ofertaron agua limpia y más que abundante y a los tres años no teníamos ni para beber. Prometieron mejor infraestructura y servicios, y hasta la fecha no tenemos calles pavimentadas ni un bulevar decoroso. Ofrecieron este espacio como un estanque permanente para la pesca y hasta una planta industrializadora de mariscos, mientras hoy, aquí, no hay agua, no hay peces ni el empleo prometido. Propusieron mejores vías carreteras y caminos, mientras que hasta la fecha no podemos salir hacia Chicomuselo y mucho menos ir a Socoltenango.

La presa de La Angostura se engulló nuestras mejores tierras, nuestras vastas minas salineras, vegas, bajíos y humedales, y hoy, todavía no contenta con la desgracia de este pueblo, la Comisión se niega a cualquier subsidio o rebaja en sus tarifas de consumo. No tenemos fondo

legal urbano, pues la CFE nunca desincorporó las tierras ejidales en que se encuentra asentado el pueblo nuevo y, finalmente, esta misma empresa del gobierno federal se ha negado sistemáticamente, durante estos veintinueve años de penuria, a subsanar, cuando menos en algo, el engaño y su torpeza, la flagrante estupidez del gobierno hacia nuestra comunidad, el municipio de La Concordia y nuestra tierra.

LA TISHANILA

*Para los compas de la Rial Academia
de la Lengua Frailescana*

Esto es un cuento de espanto de La Concordia, pero de La Concordia vieja, porque en la nueva ya no espantan los muertos, sino los vivos. Esto debido a que en el panteón del arroyo El Limonar quedaron los difuntos de la gente, bajo el agua. En el pueblo antiguo quedaron sus angelitos, sus ánimas, sus cachudos, y ahora ni cómo puedan espantar los pobres, con cincuenta y tantos metros de agua encima. Porque en la vieja Concordia, todavía antes que el gobierno metiera la luz, como por 1969, los espantos se adueñaban del parque, las calles, los solares baldíos, las salidas y entradas, los barrancos, las bajadas al río, las pochotas y los guanacastones. Desde que estaba entre oscuro y claro y hasta que anochecía.

Daba gusto escuchar de nuestros mayores —cuando había luna llena y cuando de oscuro ni los caites se miraban—, oír las travesuras, los espantos y los zangarriones que la Tishanila, el Duende, el Sombrerón y la Cocha Enfrenada le pegaba a los más sobresalidos del pueblo. Hasta esas historias de cuando el diablo ganaba a la gente, y de cuando se *compatiaban* con el cachudo, se contaban a deshoras de la noche. En las esquinas, en las banquetonas y en el parque. ¡Jiju'e la mocha! La

muchachitada hasta se orinaba de miedo cuando ya era hora de agarrar rumbo.

Uno d'estos cuentos les voy a platicar, el de La Tishanila. Igualito como me lo contó la abuela Mariantonia antes de que se muriera —¡Dios la tenga en su santa gloria!—, cuando ya tenía noventa y tres años, entrando pa los noventa y cuatro, aunque, según ella, tenía más de cien. Es que era del tiempo de la Revolución... y digo que es la Tishanila al modo de doña Mariantonia Cristiani, porque, igual, cadiquién en La Concordia tiene su propia historia.

Y es que se escuchaba, pue, que se aparecía en forma de pichita, junto al río o a los arroyos. Que se transformaba en tu novia, que te daba chance, que se aparecía juntita en las ancas de tu caballo, que se mostraba en los caminos sin dar la cara, pero con toda la horma de las mujeres arrechas. Que se le aparecía a los bolos, a los mujeriegos, a los que ya se querían echar a la novia o ya estaban pensando en robar mujer. En especial había historias en que a los más rasquitas, pendencieros, y a la muchachitada que ya ensayaba con burras y jolotonas, se les aparecía como hembra galana, pero con ojos huecos y hoyudos; con rostro de calavera, patas de buey y de gallina, y así por el estilo.

Cuenta la abuela Mariantonia que en ese tiempo, luego de 1925, cuando ya la matazón entre carrancistas y mapaches había pasado, vivía un señor en La Concordia con sus dos hijos varones. Se llamaba Eustolio y todos le decían tío. Era un viejo mapache de pelo en pecho, buena gente, aunque algo cabrón. Era su costumbre tomarle el pelo a los de su cuadría: los tanteaba, se burlaba de los

espantos. Que la Tishanila para acá, que la Cocha Enfrenada para allá, que el Sombrerón se la arremangaba y, para acabar pronto, que era padre-de-más-de-cuatro. Pero un buen día, por más que se las echaba de ser muy hombrecito, encontró la horma de su zapato. Quiso hacer lo de siempre y se encontró con la Tishanila.

Esa vez, cuando desensilló su caballo, un alazán melado de patas blancas, y le dio larga junto a uno de los naranjillos del parque, en los que años antes habían ahorcado a varios carrancistas, apenas tuvo tiempo de saludar a don Lindoro, quien vivía enfrente, cuando una muchacha sentada en la glorieta, solita, desconocida y de buen ver, le puso los ojos encima. El tío Eustolio ni lo acabó de oír —perdón: de mirar— y se le fue encima.

Al saber qué se decían, si le estaba tratando el punto, o saber qué trato hacían, contaba después don Lindoro. Lo cierto es que tío Eustolio hasta del caballo se olvidó y agarraron por el rumbo de doña Icsiaria, atravesaron la barrancona de los Aguilares —los panaderos del pueblo— por el rumbo de Las Casitas y se fueron pa los nanchales de San Juan.

Ya estaban a medio monte cuando comenzó lo mero bueno: la cachondiadera. Que sí, cómo no, que esperate, que no seás abusivo, que no metás la mano, que mejor busquemos nanche... En fin, una manotiadera que era gusto. En esas arrechuras estaban. Ya el reboso había caído al suelo y el justán había resbalado, cuando el viejo Eustolio fue sintiendo en su lomo las grandes uñas. Vio hacia abajo y... ¡Virgen santísima! Asustado como nunca, pegó el reculón y mil mentadas de madre le salieron desde el entresijo. Y es que, a pesar de verse galana,

piernas torneadas y con árganas bien puestas, ¿cuál muchachona? Si la que tenía en frente era la vil Tishanila; los pies, en lugar de tenerlos adelante, miraban para atrás, sus trenzas bonitas desaparecieron y el cabello se le hizo un estropajo.

La Tishanila se carcajeaba, ja, ja, ja. Brincaba de gusto, coceaba como un animal, se elevaba del suelo, lloraba de tanto reírse, gemía, susurraba, pujaba, le hablaba con voz chillona, le gritaba con voz de espanto y entretanto le gritaba:

—Eje, aja, ojo. Éjele, te engañé, te engañé, cara de mi culo, el pelo te tomé.

El viejo Eustolio mentaba madres, desenfundaba el cuchillo, vidriaban sus ojos y no sabía qué hacer. La Tishanila se iba y se venía, y de repente ni sus polvos. Desapareció.

Al otro día, pero ya no por los nanchales de San Juan, sino por el rumbo de Las Salinas, como a mediodía, a la mera hora del sol, lo encontraron espantados unos baldíos que por ahí tenían sus trabajaderos. El tío Eustolio seguía mentando madres, blandía su cuchillo como si fuera espada, echaba espuma por la boca y pataleaba contra las piletas en donde se oreaba la sal.

—Don Tolio, don Toyito, don Eustolio—le gritaban los caseritos—. Por el amor de Dios, ¿con quién pelea'sté? Le ayudamo. No se vaya'sté a quebrar, por vida suya. No nos vaya'sté a puñalear, lo llevamos pa su casa...

A los baldíos les hizo cus cus y hasta se persignaron cuando vieron cómo, al mirarlos, don Eustolio nomás una vuelta dio, pegó el somatón en el lajerío y bocarriba quedó el viejo. Se acercaron, se quitaron sus sombreros,

lo tasiaron. Creyeron que estaba muerto. ¡Parecía un Santo Cristo! No llevaba sombrero, enredados estaban sus pelos, su cara parecía rasguñada y sus labios resecos, sus manos estaban raspadas, sus botines pelados y su ropa ya ni se diga: era un montón de trizas y girones de tela raída. Lo treparon al burrito que llevaban, medio lo amarraron y así, guindado, se lo llevaron hasta el pueblo.

Entretanto, los hijos del tío Toyo sentían el corazón como un arete. Ya lo andaban buscando en el pueblo; no aparecía el caballo, ni la montura, ni don Eustolio. Lo buscaban por el camino del panteón, por la salida de San Pedro, por los bajaderos del río, por el arroyo de El Limonar ¡y nada! La tierra se lo había tragado. Del viejo nadie daba razón.

Cuando tío Eustolio volvió en sí, sus hijos se espantaron. Tomó agua como si fuera caballo y comió hasta lo del fogón. Lo bañaron con lejía y jabón de olor, lo choncharon con agua de epazote, le dieron su purga de miel, morro y aguacatillo, lo curaron de espanto durante quince días y lo llevaron a dar gracias al Señor de las Misericordias. Solamente después de todo este trajín fue cuando contó, a tinta y papel, la mejor historia de la Tishanila. Y ya después, cierto o falso, el viejo don Eustolio se encerró en su casa. Dicen que no comía, que se la pasaba en vigilia y que ya no pudo, o ya no quiso, nunca jamás hablar.

EL CURA DE REPAROESPINO

Hace mucho tiempo, a mediados del siglo XVIII, mil se-tecientos cuarenta y tantos, sucedió la fundación del pueblecito de Reparoespino. En ese tiempo se construyó también el templo del Señor de Las Tres Caídas. A raíz de ello el purpurado de Santiago de Las Casas designó como uno de sus primeros párrocos a un cura entrecano, licencioso, algo marrullero e indigno. Aprovechaba la confesión de las mujeres casadas, viudas y solteras para saber de sus aflicciones y desencantos. Las obligaba a que le contaran las peripecias de sus amores pecaminosos e imposibles, los riesgos indescritibles que libraban para obtener el favor de sus amantes y hasta urgía los detalles inadvertidos de sus encuentros trasnochados.

Las amonestaba con penitencias de altar, solitarias peregrinaciones a la capilla de San Pedro, junto a la casa grande de la vecina hacienda Las Salinas y otros correctivos en verdad extraños. Les aceptaba su confesión en la sacristía y en ocasiones hasta en la propia casa parroquial.

Andando el tiempo, la gente grande, aunque en especial la hombrada, comenzó a dudar, a darse cuenta de las leperadas del cura. Les entró el recelo, la desconfianza, y pensaron que no era de fiar. “El padrecito”, como todo mundo le decía, siempre encontraba pretexto para hacer reuniones en la iglesia. Muchachas y jóvenes casadas

rondaban los encuentros. En dos o tres ocasiones, al mediodía, una mujer enrebozada y misteriosa fue vista por algunas señoras cuando salía de la casa cural del pueblo. Pasaba por la ceiba de la plaza y la gente no tardó en expresar sus dudas.

—¡Qué tan a mano! —decían algunas mujeres—. ¿Por qué sola, a mediodía y sin motivo aparente?

—¡Qué casualidad! —argüían las más viejas—. Cuando los hombres andan en su milpa, trabajando en el acaqual, en la montaña o en las salinas.

Entre semana y a deshoras de la noche habían visto al cura merodear en alguna casa de la orillada, por el rumbo de las tejerías de San Juan. Lo veían salir de la iglesia, sigiloso, por la tranca del traspatio, e incluso —¡el gran cabrón!— hubo ocasiones en que de madrugada regresó por la puerta principal del atrio. Lo sorprendieron varias gentes en aquella calle oscura y empedrada de la barranca, cuando se escurría por entre las sombras de la noche, o cuando regresaba con cautela a la casa de la parroquia, aprovechando la negritud de la pochotona y los nambimbos de la plaza central.

En las pulquerías y en el río —en los bañaderos de la hombrada, por el bajadero de la Santa Cruz— los hombres murmuraban sobre las evidentes trapacerías del cura emparentado con el demonio. Estaban inquietos, temerosos de que la mujer de alguien o la hija de alguno de los presentes anduviera en “malos pasos” con el presbítero. Por esta razón se animaron a trocar miedo por valor y a pasar del argüende a los hechos. Todos eran de armas tomar, así que agarrarían por los cuernos al propio Satanás, como ellos mismos afirmaban.

Un pequeño grupo se fue a la iglesia, aunque primero pasaron por dos o tres tragos a la pulcata de doña Ernestina, para agarrar valor. Luego entraron a pedirle bendiciones al Señor de las Tres Caídas. Se santiguaron, salieron presurosos, se encasquetaron sus sombreros y dispuestos atravesaron el atrio del templo. Entraron por el portón siempre entrecerrado de la casa parroquial, cruzaron por el jardincito y la noria del patio y llegaron hasta los corredores de la casona. El sacristán les dijo que el padre estaba adentro. No se limpiaron los huarches para entrar a la notaría ni se quitaron los sombreros. Estaban encabronados y así debían parecer.

Por fortuna, el viejo estaba solo. No dejaron que se levantara de la butaca en que se apoltronaba. Y así, parados, lo enfrentaron todos. Le dijeron lo que sabían de sus malas mañas, de sus visitas al barrio de San Juan, de las pendejadas que hacía con sus mujeres en la parroquia y del fermentado que se empinaba todos los días al atardecer. Le dijeron todo, hasta de lo que se iba a morir. Le ofrecieron una chichicasteada, lo amenazaron de muerte y cuentan que hasta mentadas de madre se oyeron en la casa del ministro del mismo Dios.

A los pocos días se supo por boca del sacristán y de doña Eustolia —la viejecita que se encargaba de lavar los manteles, los ornamentos, albas, casullas y ropa del párroco atrevido— que el “señor cura” estaba enfermo y había caído en cama. Una especie de alergia o erisipela, esta última asociada a la vergüenza, le había cubierto el cuerpo y, por órdenes de él mismo, se lo habían llevado a San Caralampio para que lo atendieran. Allí se refugió en el convento de los franciscanos, contó la historia que

mejor le convino y entró en componendas con los emisarios del episcopado.

Treinta días después, el obispo de la diócesis de Santiago mandó decir a los reparoespinenses que la enfermedad que arrebatava al padre no consentía su estancia en un pueblo tan aislado e inhóspito como Reparoespino. Que lo trasladaría a otra parroquia del valle; les mandaría a otro religioso y ¡asunto arreglado! La gente, contenta, muy pronto asumió en paz la pesadilla del cura malnacido y trasnochador. Luego olvidarían al hijo del demonio.

Pero dónde que va ocurriendo lo innombrable: dos o tres meses después una extraña aparición volvió a inquietar a la gente. Durante las noches del tiempo de secas, en especial cuando la luna se ausentaba, cuando de tanta oscuridad no se miraban ni los dedos y arreciaba el viento, un grito atronador de coyote y toro destemplado comenzó a oírse a lo lejos, allá por El Espinazo, el pequeño y empinado farallón de la montaña que remataba al poniente del caserío, aunque a veces esos aullidos más parecían bocinazos de cuerno, de los que sirven para llamar a los animales renuentes.

Noche a noche el espanto se acercaba y era el aullido cada vez más fuerte, como si fuesen perros que ladraban con rabia, acezantes, desesperados. Claramente se distinguía ese chirrido metálico espeluznante. Era como si alguien arrastrara cadenas sobre los empedrados.

El bramido, aullido, o lo que fuera, venía del rumbo de Las Piedrecitas, aquel barrio escondido detrás del altozano; libraba seguramente la laguna a través del puente de hamaca —la vieja tablazón colgante construida años después de la fundación—, entraba por las huertas

de aguacate y sonzapote de don Abenamar, daba vuelta por la casa del viejo Onesíforo y derecho se iba por en medio de la calle principal, hasta llegar a la plaza, en donde los nambimbos, tiempo después, servirían de picota para ahorcar a gobiernistas, contrarrevolucionarios y ladrones. De ahí torcía por el barrio de Santa Eduvigés, el de los salineros, se metía por en medio de las casas humildes de los vaqueros de don Porfirio y no paraba al salir del pueblo, sino hasta el rancho que luego fue del teniente don Austreberto Espinosa, el mero mero de los contras reparoespinenses.

Cuentan que un borrachito empedernido miró de cerca al espanto. Su horma era la de un perro garboso, más grande de lo normal. Tenía las orejas afiladas y erguidas como estandartes. Arrojava espumarajos por el hocico, sus colmillos eran retorcidos como de jabalí y de sus ojos salían chispas y lenguas de fuego. Gruñía y hasta bramaba como una especie de buey y perro, atragantado o malherido. ¡Pobre hombre!, decía la gente a propósito del trasnochado, pues a medianoche, cuando acostado estaba junto a su botella de caña y al faldero que le servía de compañía, a su lado pasó el animalón endemoniado. Era un ovillo sobre la banquetta más alta de la calle del espanto, en donde la noche se hacía más negra ante la sombra de los matilisguates.

Despertó acalambrado por los gritos horrendos del animal y, aunque no pudo incorporarse..., con lo que sus ojos vieron fue suficiente. Sintió al mismísimo Lucifer y su pestilencia de azufre y huevo podrido mezclada con mortandad. El calor que despedía le flameó los ojos; su grito aterrador y lastimoso, y el chirrido de las cadenas

sobre el empedrado, le taladraron los oídos. Los pelos se le pusieron de punta y hasta la borrachera olvidó. Luego se supo que se orinó de miedo; que, ahora sí, luegoito había encontrado el rumbo de su casa y que hasta se había hecho en los pantalones. Nunca volvió a beber.

Entretanto, a buena hora, las madres encerraban a la muchachitada y a sus hijas, y por esos días frecuentaron la pila bautismal de la parroquia para hacerse de palmas, santos óleos y agua bendita. Con las primeras hicieron cruces que suspendieron de puertas y ventanas, mientras el agua fue rociada sobre paredes, rincones, alambradas y trancas de patios y traspatios a fin de ahuyentar al animal del infierno.

Cuando el cielo aún estaba entre oscuro y claro, la plebe de muchachos se retiraba a sus casas. Las palomillas que de tarde en tarde se reunían en las banquetas altas de las esquinas se desbalagaban pronto, y, de la hombrada, ¡ni qué decir!: aguantaban hasta las ocho de la noche en las pulquerías y en el primer billar que hubo en Reparoespino, estoicos, pero con los candiles y quinqués encendidos. Y a partir de esa hora... ¡chingue su madre el que se quede al último!, gritaban todos al unísono. A ellos también les entraba el miedo. Solamente los trasnochados, bolos y mujeriegos se animaban a andar a deshoras de la noche. No les quedaba, ante sus enredos, más que arriesgar el pellejo y quién sabe si no hasta el alma.

Al tiempo, los reparoespinenses supieron también que el padrecito aquel, el de las borracheras de las tardes y las andanzas en la oscuridad, fungía como capellán de una de las haciendas franciscanas del valle, rumbo a

Santa Catarina. Que en una ocasión fue visto montado en un hermoso caballo alazán, bien vestido y con sombrero de fieltro oscuro, con un perro negro, alzado, fuerte y provisto de un collar plateado, justo en el camino real que atravesaba el valle, muy cerca de Rioenmedio.

Lo cierto es que, sin decir esta boca es mía, en los trabajaderos y en las bajadas, pasos y remansos del río Salinas, entre la gente más grande se oían diferentes versiones: que el cura de marras venía de vez en cuando a visitar a algunos fieles con quienes se había encariñado; que especialmente acudía a invitación de algunas señoras, entre ellas doña Eduvigis; que periódicamente bordeaba el pueblo y entraba por el barrio de San Juan, para ver a la viuda con quien la habían encuachado. Que si esto y lo otro y mil cosas más.

Lo cierto es que la viuda era joven y galana, ¡ni quien lo dudara!, aunque recatada y madre de dos gemelas. Se oía también una admonición: lo que pasaba al pueblo era castigo de Dios; por argüenderos, por haber corrido al párroco y por no acordarse del Señor de Las Tres Caídas sino hasta la vuelta de los años, durante la fiesta del Cuarto Viernes.

Algunos incluso juraban y perjuraban que el cura libidinoso tenía un pitón de los que se usaban para llamar al ganado, que le conocieron un caracol que sonaba como cachimba, que tocar ambos instrumentos era una de sus artes y que —con alguna certeza— era él quien los espantaba de noche con aquellos sonidos espeluznantes, mitad de animales conocidos y mitad de ánimas del inframundo...

El viejecito que aquella noche, en su borrachera, vio al animal que incendiaba la calle con sus ojos de fuego,

vomitaba espumarajos y despedía las jediondeces del infierno, se olvidó del aguardiente. Cuando mucho, sonrisas entre léperas y maliciosas dibujaban sus labios, sobre todo si alguien intentaba asociar al cura con aquel enviado del infierno. Volvió a su oficio de zapatero, pero nunca le sacaron comentario alguno sobre el espanto que esa misma noche le carcomió las entrañas.

DON JOSEÍTO DE LOS CUXTEPEQUES

Estoy ahora mismo con un brazo inmovilizado, aunque no es cosa tan grave como lo ocurrido a principios de 1965, cuando yo apenas andaba en los cinco años. Luego de observar con esmero el par de radiografías que ha ordenado al laboratorio, el traumatólogo dice que la extremidad no padece avería en ninguno de sus huesos mayores. El húmero intacto, el radio en su lugar y el cúbito sin fisura. Hay, eso sí, un desgarre muscular intenso a la altura del hombro y una tendinitis general. Así dice el médico mientras siento el dolor que desde la paleta me llega hasta los dedos y veo el azul del cabestrillo. Siento mis capacidades limitadas, pero me aguanto.

El brazo engarrotado y la mano que se hormiguea me hacen recordar al viejo don José, don José Guzmán Zepeda, don Joseíto, quien por aquellos años se encargó de ponerme en su lugar el codo, el del lado siniestro, el de las zafaduras y desgracias. El hueso más largo se me había dislocado, el dolor era intenso y yo en un grito. Según me cuentan, don Eduardo y doña Fausta cargan mis flaquezas y mi llanto. A las carreras me llevan como un fardo al sobandero, atraviesan la calle de los barrancos, por el rumbo de la ceiba y la esquina del tío Marino Bermúdez.

Es de tarde, el sol casi no alumbra, serían las cinco. Cierro los ojos y ya las manos prodigiosas de don José brillan de tanta grasa, encebadas, calientes, listas. Sus

ojos saltones me ven complaciente, pues sollozo. Toca apenas mi antebrazo y aúllo. Grito, pataleo e intento salir corriendo, pero me tienen asido. No distingo sino los ojos llorosos de mi madre, y al punto de desmayarme ¡truenal! Mágicamente, el hueso dislocado a su lugar ha vuelto, aunque el dolor es rojo, intenso como cuando el sol se enfada y se vuelve negro ante mis ojos. Soba y soba, jala y comprime, mientras el cebo de la candelita se agota. Lloro aún y estoy sudoroso. Dice don Joseíto que el dolor se ha de quitar con este chocolate espeso y me regaña.

—Muchachito bestia, Joseantonio. ¿Dónde se ha visto que las monturas colgadas sirvan para andar de cirquero? Y vos, Eduardo, ¡qué bárbaro! ¿En qué cabeza cabe? ¿Cómo vas a dejar el cajón de salitre que decís, debajo de esa montura, con el riesgo de que se maten estos demonios?

Así recuerdo a don José Guzmán Zepeda, aunque ya lo conocía de antes. Canoso, cara redonda y curtido desde ese tiempo. Alto, fornido y afectuoso. Hizo traer a mi padre un paliacate rojo, inmovilizó mi brazo igual como ahora lo ando, me lo colgó al cuello y me dijo muy confiado:

—Dios es bueno contigo, cabroncito. Ya estás bueno. Aquí no ha pasado nada.

A doña Fausta le pidió que a la semana siguiente me llevara de vuelta para ver la hinchazón, pero también la mejoría del hueso desdichado. Tres veces al día, durante dos semanas, me hicieron beber horrores: una infusión amarga que luego supe se llamaba recocado de árnica. Una vez cada día compresas calientes de la misma yerba y...

—¡Cuidado con andar metiendo la mano donde no se debe... ¡Ah, muchachito cabrón! —me dijo severo don Joseíto.

Ahora, aquí entre nos, la verdad es que don José Guzmán Zepeda no era güesero de profesión, aunque a todos atendía. Sabía de torceduras, huesos rotos y zafaduras; de tratamientos con hierbas y curar de espanto, y, sin embargo, sus ingresos no provenían de ello. Su inclinación eran las salinas, la agricultura y cómo hacer rendir las tierras del bajío. Era el más ducho en gestiones, agrarismo y pleitos ejidales; cabildeaba contra los finqueros y sabía de política. Un día incluso me confió que así, por un pelito, no fue presidente municipal, y que a final de cuentas él lo había decidido así. ¿Qué temor podría sentir si ya había sido de todo: consejero de vigilancia, comisariado ejidal, juez municipal, presidente de la sociedad cooperativa?

Sabía leer, tenía la mejor letra, escribía a máquina, recordaba en latín algunas fórmulas religiosas, tuvo más de diez hijos con doña Luz Aquino, la mujer de toda su vida, y daba la impresión de que siempre había sido de ese talante: formal y viejo, aunque no tanto por su edad, sino por sus consejos. Por recatado y sabio.

Conocía a todos y de todo sabía un poco: de números, inventos, geografía, leyendas, y le hacía competencia a tío Raúl Coutiño Ristori en eso de recetar analgésicos y curar empachos. Sobre los discípulos de tío Bucho y la carranzada, de oídas recordaba las mejores historias. Del Soconusco y la costa, por ejemplo —cuando el rumbo era refugio de bandidos—, era el que mejor contaba fabulaciones. Tenía amigos en Motozintla, Comitán, Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal. De Pinola sus amigos especialmente le enviaban la mejor panela, de Zapaluta sus alcarrazas del perlado aguardiente comiteco, y de Teopisca sus encargos de palmito y cecina. Obviamente,

la sal albeante, la más limpia, era para ellos. Les correspondía con la sal de los estanques más aseados de las salinas, con los gránulos finos del primer estrato, junto con estrellas, casitas y aviones de sal cristalina.

Ya cuando el cansancio y la enfermedad lo agotaban, y doña Luz se había despedido de sus nietos, bisnietos y toda la parentela, con nitidez recordaba don Joseíto la ciudad de México..., el Palacio Nacional, el Monumento a la Independencia, el Castillo de Chapultepec y la Basílica de Guadalupe, aunque igual se había metido a las oficinas del poder central: a la del ministro del Patrimonio Nacional por el asunto de la federalización de las minas salineras primero. Después, por la concesión de las mismas, obtenidas a principios de la década de 1940 por los descendientes de los antiguos peones de las salinas.

Estuvo en la Secretaría del Trabajo para formalizar el registro de la cooperativa de los salineros. Tocó las puertas del Ministerio de Economía, por lo del pago de la concesión y los impuestos, y hasta en su calidad de presidente del Comisariado representó al ejido en varias ocasiones para exigir la regularización y el deslinde de las tierras. Por eso conoció el edificio del antiguo Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización, razón por la que estudió a fondo la Ley Federal de Reforma Agraria y se trasnochó con la Ley de Aguas, Manantiales y Veneros.

Era aún un niño, once o doce años, no más, cuando en 1919 tomó conciencia de que ya tenían meses de no regresar a La Concordia. Le inquietaba no ver a sus tíos, a sus amigos del barrio, a sus vecinos, pero lo peor era tener que trabajar todo el día cortando zacate fresco para caballos y mulas, metido hasta los ojos en medio

del aguate y las mostacillas del pastizal. Estaba en alguna finca, mitad de café y mitad de ganado, muy lejos de la casa grande, en el Soconusco, por el rumbo de Acapetahua. Había emigrado forzosamente, al igual que todo el pueblo, junto con sus padres y hermanos, y habían obtenido esta colocación, luego de pasar penurias por Comalapa, Huixtla, Motozintla y Tapizalá.

Los carrancistas habían decidido que no existía otra manera de acabar con la mapachada, los robaganado y con la contrarrevolución en general sino impulsando la "concentración", que así le llamaron a la expulsión punitiva de todos los pueblos, haciendas y rancherías de los Cuxtepeques y parte de la Frailesca hasta Chicomuselo. Los mapaches tenían efectivamente en la región sus mejores fincas, su retaguardia insobornable y abastos suficientes. Según los dichos del gobierno militar su estrategia era quitar el agua del estanque en donde se solazaban los peces.

Pero Joseíto, que ya le conocían por este nombre desde pequeño, se hizo hombre más pronto por todo esto. Al año o dos, cuando regresaron al pueblo por la fiesta del Señor de las Misericordias, encontraron su casa en ruinas, desolada. Era necesario volver a empezar y, naturalmente, don José Guzmán le entró con ganas, igual que sus hermanos. Ya después, mucho tiempo después, fue uno de los hombres clave en el asunto que desgració a propios y extraños: la inundación de los Cuxtepeques y sus mejores tierras, por obra y gracia del Proyecto La Angostura.

A finales de la década de 1960 fue uno de los hombres con quienes primero parlamentó el gobierno, a sabiendas de su solvencia moral y de la confianza que la gente le

tenía. A él, al igual que a otras personas influyentes, se acercaron para convencer de las bondades del proyecto a los ejidatarios, a los pobladores y a sus familias. Hizo lo que estuvo a su alcance para llevar al pueblo a un lugar más habitable, aunque limitado fue el eco que se hizo entre la gente. Ya no era autoridad, ya andaba bastante cansado don Joseíto. Los líderes más jóvenes batallaron tibiamente o a su modo y, por ese tiempo, los fortalecidos caciques del rumbo maniobraron. Se aliaron al gobierno, vendieron sus fincas a buen precio, ganaron la partida.

Pero ahora este gran hombre ya no está. Cómo nos hace falta don Joseíto. O al menos a mí, pues al traumatólogo no le tengo confianza. Voy para dos meses con este cabestrillo y no es justo que no me cure. Si estuviera en los Cuxtepeques, seguro que me iría corriendo con él. Me untaría de grasas, sobaría mi brazo, me estiraría las cuerdas y... aunque me haría tomar árnica en ayunas, por esta que ya estaría sano.

OLOR A PANTEÓN Y A FLORES

A Lesbía y a Mariantonieta

Dos años hace que escribí esta crónica de mis recuerdos. Una noche de las de noviembre, con el aire de la temporada húmeda y fresca. Eso fue al volver del pueblo de mis padres, así como ahora voy y regreso, como año tras año. Es mi tierra, al fondo del Grijalva y desde Tuxtla hacia el oriente, allá donde las aguas y el caserío, en donde conocí la luz. Y es ahora para ustedes, a sugerencia de Vale, nuestra Valeria estrella, que para bien sea.

Hace algunos días fue Todosanto en los Cuxtepeques; claro, al igual que en todo México y Centroamérica. Marchamos para visitar a los parientes. Al cementerio vamos por los muertos y al pueblo por los vivos, los de la pérfida inundación decretada en 1973, los del traslado al escalón más próximo de la montaña. Navegamos por el embalse de la represa, depositamos crisantemos sobre el manto líquido del paisaje, flores de seda, margaritas blancas y docenas amarillas de cempasúchil, justo en donde creímos se encuentra inundado el antiguo camposanto de los cuxtepequenses.

De ida y vuelta bordeamos el islote en que se ha convertido el viejo asentamiento coronado por los campanarios derruidos de la antigua casa del Señor de las Misericordias y algunos rastros de lo que fue la iglesia del Señor San Pedro. Llegamos muy de mañana, cuando el

rocío aún cubre la palma de las hojas y el sol apenas el ambiente entibia.

Tomamos un cayuco en el embarcadero, mientras las garzas, gaviotas y marineros se disputan las vísceras del sacrificio. Mojarras, bagres y macabiles, destazados por los pescadores, son embalados en las cajas naranjas, refrigeradas, de los camiones. Una barcaza con ganado, lanchas motorizadas, cayucos multicolores y canoas con remos cruzan el estanque inmenso y ya atracan en la orilla, junto a las enramadas. Del otro lado solamente la montaña, alguna estribación muy distante de la Sierra Madre, allá donde están la antigua finca Santo Niño y el cerro de la Señorita, y recordamos.

Todos los de treinta y tantos, y aún más grandes, inhalan profundo el seco y salado olor del embalse. Cierren los ojos por un instante y llegan a su memoria las hamacas, los puentes colgantes de madera, las cuerdas de hierro sobre el río: el de San Pedro y el de Las Casitas; los bañaderos, el Trampolín del Diablo y las copas de los viejos cuajinicuiles, derramadas sobre la corriente.

El camino rojo de la pochotona está ahí. Pasamos por las pilas de la Santa Cruz, donde niñas y mujeres jóvenes surten sus cántaros con el agua cristalina. Muchachos con burros y barriles hacen lo mismo. También los campesinos provistos de cargadores y cubos. Pero volvemos a nosotros mismos cuando ya la charla se encamina y va de boca en boca. Alguien recuerda 1971, cuando aún corre majestuoso el río Salinas. Esa tarde, en tiempo de lluvias, el chofer del camión recién comprado por la finca Los Horcones, intenta vadear la corriente antes de que oscurezca. Va a duras penas y de tumbo en tumbo cuando a la mitad del vado la corriente, convertida en reventazón y ariete,

arrastra el furgón y todo cuanto lleva encima. Va el chofer entre las cosas, y dicen que hasta un Cristo Negro y un San Antonio del Monte. No llueve aquí, pero seguramente arriba, en donde el cielo todo se vierte sobre la montaña.

Recorremos los arroyos El Limonar, Piquinté, San Juan, Ranchomono y Rioenmedio, y los manantiales y estanques de las salinas que los bordean. Viene a la mente de todos el camino de los potreros, las fincas y los mangales; el extravío de Pénjamo y las pozas del arroyo San Juan. Y ¡claro que a la calzada del panteón se le recuerda ahora, en tiempos de Todosanto! Más por sus atascaderos y lodazales, aunque también por el arroyo Grande: sus aguas diáfanas y sus árboles agobiados por docenas de tapescos: los nidos de las chorchas industriales.

Entre anécdotas y nostalgia reconstruimos el día de nuestros muertos: los “fieles difuntos” del cristiano. Algunos en mula, otros a caballo, los más a pie, familias enteras en carretas. Todos al viaje de la mañana, entre oscuro y claro, en fila india y al paso de los bueyes. Los animales beben en el arroyo, ahí la gente carga sus toneles y... a la entrada del panteón ¡la fiesta! Sí. La fiesta en grande, pues se festeja a los muertos. Y aunque la muralla apenas cubre el frente del recinto, todo luce limpio y recién podado. Cruces sencillas, lápidas formales, monumentos...: todos relucen como nuevos.

Ya el olor del copal y otros inciensos invade nuestros sentidos. Velas, veladoras y ofrendas. Mil diversas flores de papel crepé y de China adornan los sepulcros. Las rezadoras no se dan abasto, y ya los puestos de cervezas y comiteco circundan el camposanto, bajo la sombra de los higoamates y guanacastles.

Recuerdan cómo ahí, en medio de la algarabía, muchas se hicieron comadres, compadres de a cascarón. ¡Santo y seña! ¡Mi compadre! Y vuela esa mano con el cascarón que ha de estrellarse en tu cabeza. Susto, alegría y complacencia. Adolescentes tras ellas. Niñas y muchachas llenas sus cabezas de confeti y papel picado. Todos al placer del campo, los amigos, los naipes y el aguardiente. Patzes y tamalitos de anís. ¡Qué ricos! Atol agrio y café con leche, memelas de shubil y frijolitos: todo es recalentado en las fogatas, para el almuerzo.

Van y vienen los nuégados y mazapanes, la calabacita y el camote en conserva, los dulces de leche, garapiñados, melcochas. Pero no hay mujeres más precavidas que nuestras madres. Somos muchachitos y nos sorprenden. Hasta el panteón llevan desenfrioles y curitas. Sazonadas van las presas frescas de la gallina o el guajolote afortunado. Listas para el fuego de las cazuelas. Sabrosas en el puchero del mediodía.

Y, por la tarde, todo de nuevo: los tres kilómetros de la calzada polvorienta se complican. Vienen borrachos algunos, declamando versos, octavillas, y otros llorando. Cantan con Javier Solís y Pedro Infante, toman hasta el último trago, bravean, pues se les mueve el camino, pero van contentos todos. Reconciliados los vivos con sus muertos y los enchilados vueltos compadres. Así revivimos el Todosanto y el Día de Muertos; así hasta al día siguiente, cuando con la luz del sol poniente volvemos al camino de la ciudad, no sin antes llenársenos los ojos con toda la vida; la que brota luego del Todosanto, allá en los campos, acequias y rastrojales.

Allá, una alfombra de campanitas moradas se mezcla con los alambrados cubiertos de florecillas disminu-

tas. Por la carretera, margaritas de pétalos amarillos corren junto a nosotros; de vez en cuando aparecen otras, grandes y ostentosas como las doradas árnicas, pero con tallos pilosos. Cunden las campánulas de un pálido morado; azules, de buen tamaño, algunas; blancas, preciosas, otras, y algo fuera de lo común: campanitas de color salmón. De pronto algún truenafrente, el candox de las panojas amarillas. Pero ya es casi de noche y por fin volvemos. Estamos en Tuxtla. Regresamos a casa.

TODOSANTO EN LOS CUXTEPEQUES

*Para Toño, Romeo, Pilo,
Carmen, Ramiro y Pedro*

A mí me encanta el Todosanto. Más que las otras fiestas tradicionales. Más que las fiestas de septiembre, que las de enero en Chiapa de Corzo, que el carnaval de Ocozocoautla, que la Semana Santa, que la Noche Buena y la Navidad. Aunque tal vez igual que las posadas, las nacidas de Niño Dios y las sentadas. Igual que la fiesta de mi pueblo, la feria grande, la del Señor de Las Misericordias.

Me importa el Todosanto porque me hace recordar a La Concordia y a su antiguo cementerio, a los Cuxtepeques y al valle central de Chiapas, aunque tales referencias solamente se conservan en la memoria, pues desde hace tiempo estos lugares fueron inundados, engullidos por una presa hidroeléctrica que prometía mil cosas. Me siento muy bien cuando recuerdo. Revivo mi infancia y mis amores, mis juguetes, mi antigua casa y mis vecinos; mi colegio y mis maestras monjas, mis tías y tíos, la abuela Mariantonia, los barrios de mi crianza y el pueblo todo.

Revivo sus calles empedradas, sus edificios bonitos, sus tiendas y farmacias, sus cines y paletterías, sus iglesias y su rotonda a mitad de la plaza; sus ríos, arroyos y manantiales salinos, sus caminos y puentes colgantes —que sin embargo llamábamos hamacas—, sus milpas, sus huertas y montañas. Y es que a finales de la década de 1960, y yo con apenas diez años, todo era paz..., a pesar de las rencillas, balaceras y muertes recurrentes, las riñas callejeras y los presos: borrachos y rijosos de fin de semana que el lunes limpiaban la plaza y las calles aledañas.

De fiesta con los muertos

Desde finales de octubre, después de tres kilómetros de camino, siempre por la mañana, por fin la gente llegaba al cementerio a deshierbar sus sitios, a limpiar sus tumbas, a pintar las cruces. El ayuntamiento se encargaba de hermostrar la entrada del panteón y sus callecitas, repónía postes y alambrados, y encalaba los tajos de muralla en construcción. Pero era hasta el día dos de noviembre, el mero día de los difuntos, cuando el gentío acudía desde la madrugada, igual que en la antigua San Bartolomé, Socoltenango, Tzimol, Chicomuselo, Jaltenango y Montecristo, un tanto diferente a Villa Corzo, Villaflores, Chiapa y Suchiapa, en donde desde la media tarde del

día anterior la gente acudía —y aún hoy acude— a honrar a sus antecesores, a convivir con sus muertos.

La visita del cementerio y la jornada entera era el día de campo más hermoso y largo del año. Se iba al arroyo por agua, al llano por leña y junto a los muertitos se hacían fogatas y braceros. Desde temprano las tumbas eran engalanadas y muy pronto olían a copal y a estoraque. Abundaban las flores artificiales de papel crepé, papel lustre y papel de China: coronas, ramos, guías y flores sueltas, aunque de vez en cuando flores naturales también. Las rezadoras no se daban abasto. A cual más quería padre-nuestros y avemarías para sus muertos, glorias, plegarias y hasta rosarios completos. Ahí se almorzaba,² se bebía el pozol o se degustaba el tentempié del mediodía y se recalentaba la comida. Circulaban las cervezas, el comiteco, el posh y otros aguardientes... y era común hasta a los niños darles a probar copitas de mistela.³

Era todo aquello un día de ficción, una jornada maravillosa. El pueblo entero se trasladaba al camposanto, incluso los neveros, paleteros, puesteros y mesiteras. Los burreros se movían hacia allá, con todo y sus bestias y barriles, lo mismo que los aguadores de a pie, con sus tirantes de madera y cubos de hojalata. Las callecitas del panteón eran las avenidas anchas del pueblo y todo el mundo cabía ahí, aunque todo fuera más pequeño. Visitábamos las tumbas viejas y enormes de nuestros ante-

² En esta parte de Chiapas el almuerzo no es la comida del mediodía, sino el desayuno formal, el que se toma después del “café con pan”, durante los primeros minutos del alba.

³ Vocablo probablemente derivado del italiano *mistella*. Bebida ligeramente alcohólica y dulce, resultante de la mezcla de aguardiente y frutas (en este caso, nanche, jocote, mango, durazno, etcétera).

pasados fundadores y algunos parientes: tíos, abuelos, bisabuelos e incluso tatarabuelos.

Eran tumbas bellísimas: como si formaran parte de la arquitectura de algún lugar remoto y olvidado, algunas adornadas con angelitos y dolorosas y otras con epitafios calados. Andando el tiempo supe que se grababan en San Cristóbal y Comitán. Las menos mostraban guirnaldas cuyos grabados parecían filigranas de orfebrería.

Compadres de cascarón

Las chavas y los chavales con tiempo fabricaban para sí, y para vender, cascarones decorados, una costumbre que, ahora descubro, sigue siendo peculiar de los Cuxtepeques. Las cáscaras de huevo se rellenaban de confeti multicolor, su abertura era cubierta con un cucurucho de papel de China, se pintaban con juchina⁴ de colores brillantes y al fin se ponían al sol. El día de visita al cementerio todos iban provistos: los cascarones se los quebraban unos a otros en la cabeza, al tiempo que pronunciaban algo como “¡viva viva! ¡Mi compadre!” o “¡viva viva! ¡Mi comadre!”. Esto era, ni más ni menos, una ceremonia de iniciación entre adolescentes. Una especie de flirteo. Si a alguien le caía bien una muchacha y quería cortejarla no hacía falta más que acercarse, hacer contacto visual con ella, estrellarle el cascarón en la cabeza y hacerla su comadre.

⁴ Nombre local con que se conocía a la fuchina, antiguo pigmento natural en polvo, extraído de algunas “fucsias”, pequeñas plantas herbáceas. Era de diversos colores, se diluía en agua y servía para pintar cascarones y otras manualidades. Hoy es sustituida por anilinas y otros colorantes artificiales.

Varios casos hubo —en especial entre mujeres— que de grandes aún se trataban como comadres por aquella antigua razón: comadres “de cascarón” y no por un comadrazgo formal. Hubo excesos, también, y los sigue habiendo: los chavos sobresalidos, en vez de rellenar con confeti los cascarones, lo hacían con harina, con talco e incluso con ceniza o cal. Pero lo importante era la algazara y el griterío, la convivencia y los pretextos que todo mundo urdía con esto... para ponerse a manos y en paz con sus vecinos, amigos, familiares y hasta con los mismos muertos.

Comida y pan de muertos

La costumbre de llevar alimentos y bebidas a los difuntos nunca fue nuestra. No llevábamos los gustos de nuestros muertos al cementerio, sino que los dejábamos en el pueblo vacío, en el altar de la casa, tradición que sí es observable en Berriozábal, San Fernando, Ocozacoautla y Tuxtla Gutiérrez, en San Bartolomé, Socolte-nango y Tzitol, pero principalmente en los pueblos de ascendencia indígena.

Desde las once de la mañana del 31 de octubre los mayores dejaban al pie del altar pequeñas porciones de confites y dulces varios. Suponíamos que al mediodía los angelitos y almas pequeñas venían del fondo de la tierra o de las nubes a merodear por el pueblo y hurgar entre los altares surtidos. Después, al día siguiente, también

al final de la mañana, juntamente con nuestra partida al panteón, todo mundo depositaba en torno al altar bocadillos y raciones para las almas grandes, nuestros difuntos viejos, según hubieran sido sus gustos y placeres en vida: tamales de hoja y atol agrio en algunos casos, pozol blanco o de cacao en otros, chicharrones, chocolate o café; cigarros de los que fumaban en vida, o pequeñas copas de aguardiente, e incluso botellas enteras para los que les había encantado la vida disipada.

Tampoco es nuestra la costumbre del pan de muertos, aunque sí de los pueblos de ascendencia zoque: Copoya, Tuxtla Gutiérrez, Berriozábal, Coita o San Fernando, tampoco de ninguno de los pueblos de la Frailesca, si bien el concepto ha permeado las prácticas culturales de los pueblos de Chiapas, al igual que la idea de los altares de muertos, profusos, al modo del Altiplano Central.

En La Concordia lo que hasta la fecha sí se observa es adornar el altar familiar con algo de papel crepé y flores naturales, una veladora encendida y un vaso de agua cristalina. Las flores son especialmente cultivadas para la ocasión; las veladoras o candelas van en señal de iluminación y rumbo, y el agua, según un mito genérico, sirve para atemperar la sed de las almas crecidas, errabundas, sedientas, en especial las que aún hoy saldan deudas en el purgatorio.

Tusús, nulibé y musá

Perfecto recuerdo cómo, con anticipación, en el patio de las casas, nuestras madres preparaban la tierra para

plantar gajos de crisantemos que también llamábamos margaritas, o para sembrar semillas de flor de seda o crestas de gallo y el infaltable tusús: la florecita amarilla mejor conocida como flor de muerto, flor de Todosanto y cempasúchil, la misma que los chiapacorceños llaman nulibé y los zoques de San Fernando, musá.

Todas son plantas que florecen precisamente en estas fechas, entre octubre y noviembre, al igual que algunas silvestres y otras asilvestradas, útiles para agasajar a los muertos desde sus tumbas y nuestros altares. Las preciosas, amarillas árnicas, los penumbres o penumbras blancas, las florecillas de lechita y canela, las panojas blancas del punupunú de los conejos tuxtlecos y las variadas campanillas blancas, rosadas, moradas y salmones: nuestros picoques, más conocidos, sin embargo, como puyuy, en el triángulo que forman Chiapa de Corzo, Tuxtla y Suchiapa.

Bajada de los angelitos

Pero la evocación más profunda y festiva de la celebración no está en lo dicho hasta aquí, sino en la remembranza de la tarde-noche del primero de noviembre, cuando en pequeñas bandadas, siendo niños, nos convertíamos en ángeles, aunque, a decir verdad, “angelitos”: así nos veíamos, y así nos veían los adultos, al pedir, de casa en casa, y de calle en calle, conservas, dulces y frutas.

“Ángeles somos, / bajamos del cielo, / pidiendo limosna / para que comamooos”. Una y otra vez repetíamos esta cantaleta hasta que, al frente de cualquier vivienda,

la gente grande y los abuelitos, sentados en sus butaques, nos hacían rezar jaculatorias y avemarías. Era la condición para regalarnos pequeños tesoros: pachitos o patzes, panecillos, camotes y calabacitas en conserva, nanches y jocotes encurtidos, trozos de caña, limas, jícamas, naranjas y puñados de cacahuates, que no llamábamos así, sino manías.⁵

Desde la tarde anterior nos juntábamos los amigos de la cuadra. Ahí acordábamos lo que cada quien llevaría para la bajada de los angelitos. Al frente debía ir una cruz de madera, de latón o, ya de perdidas, un par de maderos cruzados. A los lados marchaban cuando menos dos velas. Detrás, un ramo de flores y un cencerro o campanita. Después varias latas, rellenas de piedrecillas para hacer ruido abundante. Luego una o dos ollas para no mezclar o confundir lo dulce con lo salado, un morral para cargar las frutas y cosas sólidas, y hasta un garrote... por si a algún angelito vecino se le trepaba lo endemoniado.

Salíamos por la tarde, entre oscuro y claro. Había grupos exclusivamente de niñas y, debo reconocer, solamente en ciertos casos algunas compañeras se aceptaban entre los varones. Las *cuadrías* del centro iban hacia la orilla, mientras que las de los barrios de la orillada se encaminaban al centro. Las primeras iban a la caza de conservas y frutas, mientras las otras perseguían dulces, galletas y panecillos. Tras cantar y cantar frente a las casas, al unísono decíamos “¡una limosnita, tía!”. En donde nos recompensaban con dulces y frutas en canti-

⁵ Vocablo derivado de *maní*, voz de origen taíno, en uso en Cuba y demás islas antillanas.

dad, gritábamos “¡que viva la tía!”. En donde a alguien se le ocurría decir que no tenían nada para nosotros, o se les había terminado, chillábamos, hasta desgañitarnos, “¡que muera la tía!”, e incluso rematábamos: “¡Con su panzota fría!”.

Rimas que aún perduran

La rima y la entonación, es cierto, varían en los escasos pueblos en donde aún perdura esta tradición. En vez de pedir “limosnita, tía”, como decimos en La Concordia, en El Parral y probablemente en todo Villa Corzo piden “tamalito, tía”. En Tuxtla demandan “calabacita, tía”, en la ribera de Chiapa dicen algo más extenso: “Queremos calabacita, tía. Calabacita que dejaron las almitas”, mientras que en la costa apenas suplican “conservita, tía”.

En Ocozocoautla el estribillo es un tanto diferente. Las procesiones dicen “somos angelitos, / del cielo bajamos, / a pedir ofrenda, / para que comamos”. En la ribera de Chiapa aún se escucha “somos angelitos, / bajamos del cielo / para ver si la almita / dejó calabacita”, si bien en la propia Chiapa de Corzo corean: “Ángeles somos, / del cielo venimos. / Un solo pedazo/ de dulce pedimos”.

En el caso de Tuxtla, aunque aparentemente esto ha desaparecido desde hace tiempo, dicen que se escuchaba algo aún más complejo: “Angelitos somos, / bajamos del cielo, / pidiendo calabaza / para que comamos. / No queremos dulces, / tampoco cerveza, / nosotros queremos / lo que hay en la mesa. / No queremos vino, / tampoco cerveza. / Lo que sí queremos / es dulce y paleta”.

Al borde de la extinción

Lo rescatable al fin es que en los Cuxtepeques la tradición de la bajada de los angelitos se mantiene, si bien con faltas y faltantes. Que a finales de la década de 1960 no había disfraces ni maquillaje para nadie. Que ahora los muchachitos, malaconsejados por las “educadoras”, que de educación quién sabe, y profesores del kínder y la primaria, entremezclan lo nuestro con referencias anglosajonas. Que hoy los niños son disfrazados por sus padres como demonios, zombis, muertos, brujas y monstruos. Que se olvidaron de las cruces, veladoras y rimas. Que truecan ollas y morrales por recipientes plásticos, en forma de calabazas y calaveras pintadas con la bandera gringa. Y que..., finalmente, gracias a la televisión mercenaria y a la profesorada analfabeta —perdón por los verdaderos maestros—, en la mayor parte de los pueblos de la región central, al igual que en todo Chiapas y el país entero, e incluso en Centroamérica, las antiguas tradiciones sucumben y cada vez es más difícil observarlas, identificar sus partes y armar el rompecabezas de nuestras antiguas referencias identitarias.

HISTORIAS DE CERRO HUECO

Sí. Cerro Hueco, la más conocida y famosa gruta, sobre la parte media de la meseta de Copoya, hacia el oriente, justo en donde la montaña se desvía al norte. Claro, si nos ubicamos en el centro de la ciudad, al centro de Tuxtla Gutiérrez. Algo más abajo estuvo el centro penitenciario homónimo, de triste memoria, espacio que hoy ocupa el museo de Ciencias, y junto a él, hacia la derecha, el Zoomat, el museo de don Miguel Álvarez del Toro, el más auténtico de los zoológicos del mundo. El autor del relato es Reynaldo González Gómez, originario de la ribera del mismo nombre, la ribera de Cerro Hueco, quien ahí radica hasta hoy, viejo, achacoso y abandonado a su suerte.

Vive junto a la Casa de Madera, un sitio a medias restaurante y a medias cantina, junto al que desde siempre han llamado los lugareños arroyo Grande. Tío Rey, como le conocemos, siempre fue un hombre de armas tomar, verdulero, cazador, linternerero, pero sobre todas las cosas bolo. Traguero y desalmado como hasta hoy, cuando tiene por mejor regalo cualquier botella de aguardiente. Dice que le sobreviven sus hijos. Que la Casa de Madera y otras tierras, más abajo, son de su propiedad, y que tiene entre setenta y seis y setenta y siete años. Que quiso conocer al mismísimo Demonio. Que fue basquetbolista de los mejores. Que conoció como la palma de su mano

toda la Mesa de Copoya, los llanos de El Jobo y hasta el Mactumatzá, y que... del otro lado, hacia el nororiente de Tuxtla, caminó todas las veredas de la loma Larga, hasta los bordes del Sabinal, donde desemboca al Grijalva.

Tío Rey González Gómez

A leguas se ve que en otros tiempos fue un narrador, un cuentero excepcional, como descubrí hace años, cuando me pasé a vivir por el rumbo. Un tipo fuera de lo común, tanto por lo que cuentan de él como por lo que dicen que hasta antes contaba, antes, cuando bebía solamente durante los fines de semana y vivía con sus hijos y nuera. Por esta razón y las anteriores es que por fin me he dado tiempo para conversar con él, aunque... en algo me falló el tiro: por más que lo emplacé a un día sobrio, esa tarde también había “recibido visita”. “Estoy alegre, amigo, estoy de fiesta —me dijo—, pues me vino a visitar un *mi* compadre. Un *mi* compadre que pa mí que ya era difunto desde hace tiempo”.

Transcribo entonces las palabras de tío Rey, no sin antes depurarlas. La verdad es que sus decires —de haber quedado como inicialmente se plasmaron— serían impenetrables o de ellos entenderíamos muy poco. Quitto lo que es totalmente incomprensible, y pongo entre corchetes palabras adicionales, a fin de otorgarle cierta armonía a la conversación. Yo espero que este texto sirva de algo: testimonio de tiempos idos, expresión de oralidad, antigua forma y entonación del habla de los tuxtlecos; referencia a mitos y conducta compasiva, algo

de verdad y algo de mentira. Van, pues, ahora sí, las voces de don Reynaldo González Gómez, cerrohuecano de corazón:

—...Ahí nos trincábamos a echar historias, en el campo del Internado [que antes hubo donde la antigua Penitenciaría], después de que terminábamos de entrenar basquetbol. [Fue] entonces [que] queríamos descubrir qué cosa tenía la cueva por aquí; esta, que se llama Cerro Hueco, porque tiene hueco el cerro... Tiene mucha agua todo esto. Y... [en ese tiempo] andaba yo sobre la edad de catorce o quince años. Tenía yo una mi lámpara de gasolina de quinientas bujía. ¡Cómo lo presumía yo! Pero no, no teníamos nada. Nada. No llevábamos curarina, no llevamos nada, pero, eso sí..., resolvimos entrar... Hicimos un juramento en la iglesia..., allá en San Juan Sabinito, creo. Queríamos descubrir dónde salía la cueva. Dónde iba a parar. Porque está bien amplia, ¡jooo!, más amplia que [esta] casa. Tiene mucha amplitud la cueva. Hay millones de murciélagos.

Excursión al corazón de Cerro Hueco

—Entonces hicimos [el] juramento unos cuarenta cabrones. Íbamos a entrar a las doce de la noche. Eso lo platicamos allá [en el internado]. Puro cabrón. Éramos muchachitos, peero de grandes güevos... Se alumbraba uno con hule, porque la batería se baja. Está encantada la cueva esa, encantada... y ni a chingada entra luz. No entra luz ni a chingaaada. Entonces, estee..., por decir

así, ¿no?, yo fui encabezando. Fue por 1950, hace sesenta y un años. Hay mucha pigüita, camaroncito... Eee. Entramos un nueve de abril, [después de] Semana Santa. Llegamos a la iglesia a persignarnos y el que viviera, pues que viviera, y el que muriera que se muriera. Era un pendejismo, porque no...

"Era un pendejismo lo que hicimos nosotros. Allá lo va usted a ver con la luz y las estrellas, pues no se ve ni la mano. Pero allá es una inmensidad de oscuridad que, de verdad..., estuvo duro. Aquí nos presentamos, allá éramos como cuarenta que hicimos [el] juramento, pero aquí ya..., [ya] que nos barrió el cura y todo..., solamente fuimos como veintiocho.

"Tengo hasta la fecha el reloj [que usé], [un] reloj ferrocarrilero: relojes finos que con el agua y la lluvia no..., no les pasaba nada. La cosa es que... quedamos que a las doce de la noche íbamos a entrar pa'bajo. Llevaba yo dos lámparas de gasolina. Cuando se acabara la gasolina, ahí ya no íbamos poder salir. Es quee... tiene varias salidas arriba, pero nosotros nos fuimos por pura agua, por lo bajo. Allá nos presentamos nomás catorce. Le sacaron los demás. Llevamos un plomo con un estee... [y lo] tirábamos cada cincuenta centímetros. Íbamos midiendo el agua, la profundidad que llevaba el agua. Entonces..., eee, ahí hay señales y todo... Posiblemente [por ahí] estaban las víboras enroscadas. Hay harta chinaca..., pero, lo mirara usted, ¡cómo hay chinaca! Hay millones de murciélagos, millones..., pasaba el murciélagaje. Frío frío adentro.

"Entonces... entramos a las doce de la noche. Poco a poco, poco a poco, ahí íbamos. Ahí íbamos. Con media luz de lámpara... A las cinco de la mañana (entramos a

las doce), a las cinco de la mañana encontramos la leyenda... Onde decía (los que más habían entrado allá), decía ‘doscientos coyoles’. Eso fue a las cinco de la mañana. Como quien dice, las doce, la una, las dos, las tres, las cuatro, las cinco de la mañana... A cinco o seis horas de que habíamos entrado.

“Nosotros seguimos, seguimos y... como a las dos de la mañana se quedó el primero. ‘Ya no camino yo’, dijo ese compa, y ahí se quedó, ahí se quedó. [Así que] cuando encontramos esos ‘coyoles’ ya íbamos ya nomás como diez. De ahí seguimos... Total, que llegamos [hasta] la una y media del día, [y] ya no encontramos en dónde pasar, ya no. No llevábamos bastimentos, no llevábamos nada... ¡Pendejos! Ya nomás íbamos dos y ahí quedamos... [Hasta ahí llegamos]. Ya no pudimos pasar ya. Y así... Bajamos, luchamos y pasamos bajo el agua y todo [lo que] queríamos pasar a ver y llegamos por las hondinas.

Paraíso del inframundo

—Hay gente que vive allá adentro. Gritan los gallos, las gallinas..., como cuando van a poner y... los gallos cantan, cantan los gallos: que-que-re-que, que-que-re-que. Hay mucha fruta... Guineo. Nosotros comimos mucha fruta, pero no trajimo nada. Solamente los dos nomás. Yo y mi hermano, un güero. Ya todos fallecieron; uno se llamaba José Ángel Sánchez, también de aquí [de la ribera de Cerro Hueco]. Es una cueva gigante, cuevona, y no hay na de luz y pues... hay fruta: guineo, manzana, de todo hay allá. Pero es una inmensidad.

—¿Y reconocieron a alguien allá adentro?

—Pues... no. No vimos a nadie. No nos habló nadie. Nomás oímos el canto d’ese gallo, pero no vimos el gallo, no vimos nada. Lo que vimos fue la fruta. Guineo, zapote comimos. Pero de ahí, lo que hicimos fue regresarnos, regresarnos. Y conforme veníamos viendo, como de aquí pa’llá, ahí estaba todo eso. Pero lo peor era esa pinche oscuridad que no podía uno... pero ni mirarnos la cara. Salimos a las tres de la tarde del día siguiente. Y salimos todos, ya nos dimos el abrazo allá afuera. ‘¿Quihubo, cabrones?’. ‘¿Qué viste? ¿Qué vieron?’. ‘Nada nada’. ‘¿No viste nada?’.

Precisiones del viaje

—¿Y cómo cuántos kilómetros caminaron?

—Ah..., caminamo bastante. Un buen tanto. Caminamos bien unos diez kilómetros, más de dos leguas. ¿Te imaginas? Desde las doce de la noche, la una, las dos, las tres, las cuatro, las cinco. Las seis, las siete, las ocho, las nueve, las diez, las once, las doce, la una. Caminamos unas dos leguas, como unos ocho kilómetros. No mucho, porque es difícil. Dificilísimo, diría yo. Pero ya ocho kilómetros es un chingo, aunque... tal vez unos siete. Desde aquí a Tuxtla tiene cinco kilómetros, pue. Sí, caminamos algo.

—¿Cómo es que rezaba la pared?

—Ahí decía, cuando lo encontramos, a las cinco de la mañana: “Doscientos coyoles”. Pero solamente así decía y así decía porque... hasta la fecha [así] está grabado. “Aquí estuvieron los fulanos de tal” y... al par nosotros

ahí pusimos “dos mil coyoles”. Llevábamos navaja, [así que] ahí quedó grabado: “Dos mil coyoles. Reynaldo González Gómez y Gonzalo González Gómez”. Él también nativo, originario de la ribera de Cerro Hueco, mi hermano. Y ahí está, o ahí quedó grabado, nuestro nombre.

—¿Y de dónde lo de “doscientos coyoles”?

—Mmm... Porque, porque tal vez eran dos los que llegaron hasta ahí. No sabemos cuántos iban ni quiénes fueron... primero que nosotros, y al saber desde cuándo. Seguro fueron los que hasta ahí llegaron, pue. Porque..., ya ves, pue, que nosotros íbamos catorce, pero ya nomás llegamos dos hasta el fin y por eso le pusimos “dos mil”.

En busca del Sombrerón

—Cuentan, o... contaban antes, que [allá arriba] estaba la Mala Mujer... Todo así pa'riba... desde El Estiladero [embudo anterior a la boca de Cerro Hueco]. Allá hay planadas, está Guadalupe, El Roblar, está un lugar que le dicen El Sombrerito... Hay harto nanchal y... lo quise encontrar el Sombrerón, pero no..., no..., nunca lo logré. Yo solito me iba yo. Compré mi rifle y todo. Me hice ratero de una vez. Me hice ladrón. Entonces me iba yo... Como a esta hora venía mi mujer de Tuxtla. Entonces quería yo ver... Aquí subía yo. Por onde es la Patria Nueva [ahora] le decíamos nosotros La Loma Larga. [Ahí] había mucho venado, mucho venado y... todo aquí había mucho venado también. Había conejada, matábamos mucho conejo. Por eso aquí, a los de Tuxtla les dicen los conejo. Porque había mucha conejada... ¡Pero de verdad!

“Yo me iba yo solito con mi rifle, a ver qué encontraba yo. Soliito Dios y yo. Entraba yo allá por los aguaje a esperar los animalitos para matar. Pasaba yo en las milpa y ¡así los elotones! El chipilín, así mire'sté. Cortaba yo mi chipilín pa mi morral, cortaba yo mis elote, los mejores elotes... de milpas ajenas, viera'sté. Era yo malo. Así viví como unos ocho o diez años, y por eso yo no tenía nada. Allá vivía yo [cerca del lugar en donde se le entrevista], pero era casa de mi mamá. Entonces ya tenía yo mi mujer, tenía yo mis hijos, pero no tenía yo nada. Presta y presta paga. Solamente prestando paga andaba yo. En la calle. Porque andaba yo matando puros animalitos. Pura maldá. [Y es que] el arma se hizo solamente pa matar nomás. Porque el arma no es buena, no sirve pa otra cosa, solamente para matar.

“Me iba yo entonces... Quería yo hablar con el Sombrerón. Quería yo que me diera paga, pue. Pero nada. Nunca lo encontré. Hasta los tacuachis los mataba yo. Los pelaba y los mandaba yo con mi mujer, bien asados, que los vendiera, pa que me comprara batería o carburo. Y que me trajiera mi trago, pue, pa que echara yo mi trago. Me iba yo, y ahí venía yo con cuatro o cinco conejos. Casi como dos veces maté venado, puees casi no maté venado yo. Aquí [arriba] había mucho. Seguido mataban venado. Yo casi no. Entonces..., estee..., pues no, nunca lo encontré el mentado Sombrerón. Pero una vez agarré... Tenía yo como cinco o seis conejos, velo. ‘Aquí traje tomate, cebolla...’, decía mi mujer. Me dormía yo toodo el día. De noche me iba yo otra vez. Ya le digo, como unos diez o doce año anduve así. Toda esta serranía le he dado la vuelta, todo.

Las armerías de Tuxtla

—En ese tiempo no estaba prohibida el arma; no estaba. Había una armería Ochoa, había estee... El capitán Gamboa tenía una armería él. Y ahí estaban los rifle, como... Haga usted de cuenta los aparadores de zapatos. Descogia'sté la pistola que le gustara, el rifle que más le gustara, todo. No estaba prohibido. Había lámpara de cacería, capas, botas, había de toodo. Entonces, estee, pues... no había dificultad de que me encontraran por ahí, en terrenos ajenos.

"Nadie se preocupaba de uno a las doce, una, dos de la mañana. Nadie. Porque no estaba yo robando becerro. No estaba yo haciendo otra cosa más. Chipilín tenía yo bastante en mi milpa yo también..., pero pasaba yo en las milpas ajenas y me comía las manos. El pobre dueño seguro lo estaba estimando, pero pasaba yo y lo cortaba yo mi manojo de chipilín. Los elotes, los mejores elotes los cortaba yo. Pero... ¿qué pasaba cuando pasaba yo en mi milpa? Los mejores elotes se los habían llevado también.

Jamás nunca vi nada yo

—La cosa es que, ya le digo..., yo nunca vi nada. Que decían que el Sombrerón, que la Mala Mujer, que la Tishanila, que no sé qué y que no sé cuánto. Jamás nunca vi nada yo. Jamás. Me iba yo a Tuxtla... Hasta dos o tres viajes hacíamos con mango, chicozapote, papaúsa y todo. Ya como d'estas horas o más tarde, ya llegaba yo de otro más, pero ya bien pedo..., ya bien bolo. Ahí, en

ese tiempo, el panteón [de Tuxtla] no tenía barda; puro alambre, puro nangañales y todo.

"Ya bien dormido, como a las ocho, nueve de la noche, ahí venía yo con mi litro de trago. Ya no podía yo caminar y... me metía yo ahí. Ahí dormía yo, en el panteón. Ahí amanecía yo en el panteón y... nunca me pasó nada. Decían [y aún dicen] que los muertos espantan, pero es mentira. No espantan. Qué van espantar... Al que hay que tenerle miedo es al vivo. El vivo. Ese sí es criminal. El muerto no. Ya se fue, pue, ya se estiró.

"Así que no. Tal vez haya malos espíritus que andan ambulantes. Son los que no los recibe Dios. Pero yo nunca vi nada. Dormí como unas cuarenta veces en el panteón y nunca me pasó nada. Nunca vi nada yo. Nada. Ninguna visión. Era un lugar seguro. Ahorita ya no. ¿Qué le puedo decir yo? Ya le digo, desconozco eso del Sombrerón. Lo busqué, pero nunca me dio cara.

"Un mi padrino que era linternerero también... Él le tiró al demonio. Le tiro al Sombrerón. Dice queapestaba a azufre, pero ahí está que quedó enfermo... Ya no volvió a la cacería. Yo agarré un día... Estaba yo en un aguaje, esperando que bajaran los pobres animalitos. Llegan a tomar sus agüita... Ahí está uno... ¡Cuando lo miro uno!... Bom, bom. Hasta tres, cuatro animalitos caen, porque bajan a beber sus agüita. Así que ahí venía yo con mis conejos... ¡Qué corazón! Estaba duro, pero eso hacía yo, y... yo contento, pue. Ya traigo carne, traigo comida pa mis hijitos, pa mi trago... Me daba pa comer y pa todo.

La coneja y sus conejitos

—Bueno, entonces... una tarde, que le tiro a una coneja. Pero no llevó bien y ahí estaba como criatura: “Aay, aay”, gritaba la coneja. Lo fui a ver. No me lo va’sté a creer: me trinqué a llorar junto con la coneja, [pues] así, cerquita, ahí estaban los más conejitos; otros tres conejitos. Agarré y los traje. Los puse donde no lo miraran mis hijos. Les compré su mamila y lo curé la coneja y... sanó la coneja, gracias a Dios. Yo lo curé la coneja y le compré su mamila. Entonces le daba yo su lechita, leche de chiva, [que en ese tiempo] aquí había mucho.

Iba yo a comprar la leche pa darle de mamar los animalitos. Ya después, ya que sanó un poco la coneja, porque... la coneja estaba tirada. Estaba bien tirada, grave, pues. En ese ínter no le daba de comer a los conejitos, pero después... Después ya le hice su jaula y todo, y juré jamás y nunca volver a salir de cacería. Ya que los crié los conejos, los llevé a largar hasta allá. Hasta allá por los aguajes onde los encontré. Allá que los bendijera Dios. Así que de ahí ya jamás volví a tirar un pobre animalito, ni a andar, ni [a cazar con el] tirador, ni nada. Y fue de ahí [que] comencé a progresar yo ya. Y dejé de buscar al Sombrerón.

CONTENIDO

A MODO DE PRÓLOGO	9
DESDE LISBOA	
El lugar más austral de la Patagonia	17
Birdland, hachís y jazz	24
El casino de Lisboa	28
DESDE SALAMANCA	
Crónica de una infamia	39
De pasaportes y cosas peores	48
Desde México a Salamanca	59
Preguntas, amor, y yo te contesto o para acercarte a España desde mis ojos	69
DESDE LOS CUXTEPEQUES	
A mi vieja Concordia	85
La Tishanila	94
El cura de Reparoespino	99
Don Joseíto de los Cuxtepeques	107
Olor a panteón y a flores	113
Todosanto en los Cuxtepeques	118
De fiesta con los muertos	119
Compadres de cascarón	121
Comida y pan de muertos	122
Tusús, nulibé y musá	123
Bajada de los angelitos	124

Rimas que aún perduran	126
Al bordo de la extinción	127
Historias de Cerro Hueco	128
Tío Rey González Gómez	129
Excursión al corazón de Cerro Hueco	130
Paraíso del inframundo	132
Precisiones del viaje	133
En busca del Sombrerón	134
Las armerías de Tuxtla	136
Jamás nunca vi nada yo	136
La coneja y sus conejitos	138

- La edición estuvo a cargo de la Dirección de Publicaciones del CONECULTA-Chiapas y la impresión fue auspiciada por el CONACULTA, gracias a los subsidios para instituciones estatales de cultura del Presupuesto de Egresos de la Federación.

Corrección de estilo / Mario Alberto Bautista

Diseño / Mónica Trujillo Ley

Formación electrónica / Mario Alberto Palacios Álvarez

- *Crónicas de ultramar* se terminó de imprimir en julio de 2015 en Talleres Gráficos de Chiapas, en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez. Los interiores se tiraron sobre papel cultural de 90 kg y la portada sobre cartulina *couché* de 169 kg. En su composición tipográfica se utilizó la familia Versailles. Se imprimieron mil ejemplares.